



**UNA FANTASÍA
Y TRECE DESEOS**

Mary Ann Geeby



UNA FANTASÍA Y

TRECE DESEOS

Mary Ann Geeby

Título original: UNA FANTASÍA Y TRECE DESEOS, obra registrada en Safe Creative con el

número de registro: 1804086502163.

Relatos de Mary Ann Geeby.

Cubierta de Marta Alcodori Fotografías: Matheus Ferrero y Bryan Minear.

Diseño gráfico, edición y maqueta: Marta Alcodori.

© Mary Ann Geeby

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio

o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de

ejemplares mediante alquiler o préstamo.

A Marta, Javier y Natxo.

Mis extremidades.

A Gema y Carmen.

Mis pilares.

A Anadeli, Juncal y Victoria.

Mis Estupendas.

“...déjame que me crea que te vuelvo loca...”

Soñar contigo – Zenet.

“Lía con tus sesos

la parte de mis sesos

que manda en mi corazón.”

Lía – Ana Belén.

PRÓLOGO:

Hace ya tiempo que deseaba recopilar algunos de mis relatos breves en un nuevo libro. Pero

nunca encuentra una el momento de realizarlo.

La verdad es que no es tan sencillo como “copiar y pegar”, que dicen algunas personas. No, la

cosa te lleva a revisar, releer, cambiar, corregir... Y no siempre es fácil hacer todo esto.

Pero había una razón fundamental para empujarme a esta tarea. Se llama “No me vuelvo a

enamorar”. Es el primer relato largo que he escrito yo sola. Apareció en un proyecto que tuve, en

colaboración con el escritor Javier Haro, pero no tuvo nada de éxito. Personalmente opino que fue

injusto que quedara enterrado en el olvido y me propuse darle una nueva oportunidad.

Así nació “Una fantasía y trece deseos”, agrupando este relato largo a otros más breves e incluso

a algún microcuento.

Insertos, como casi siempre, en el género erótico, deseo profundamente que podáis disfrutar de

esta recopilación. Os recomiendo que la leáis en soledad o acompañados de la persona deseada.

Seguro que la lectura resultará mucho más placentera.

Mary Ann Geeby.

NO ME

VUELVO A ENAMORAR

Mary Ann Geeby

1.- HAY UNA COSA QUE TE QUIERO DECIR

(Tequila)

Elsa cerró la puerta y dio un salto de alegría. No se lo podía creer. El jefe le había dicho que

podía irse a casa. La víspera de su aniversario fue a pedirle salir de trabajar tres horas antes, pero

sabía que era muy complicado. No le dijo nada a Luis. Cenarían juntos en casa, solos. Una romántica

cena para celebrar que llevaban dos años viviendo juntos.

De hecho, Elsa le había notado muy raro últimamente. Ojalá fuera porque se había decidido por

fin a pedirle matrimonio. Había estado muy misterioso preparando esta cena. Hablaba por teléfono a

escondidas, chateaba y guardaba el móvil cuando ella aparecía. No había nada más hermoso que

“pillar” a tu pareja preparándote una sorpresa.

Ella le había comprado una alianza de oro. Esperaba que él se adelantara con una sortija de

pedida: todo hacía indicar que así sería. Y si no, sería ella la que se lo pidiera a él. Estaba tan

enamorada de Luis...

Fue derecha a su apartamento, esperando que él no estuviera. Le había dicho que tenía recados

que ultimar, de modo que seguro que no llegaría a casa hasta las ocho. Al girar la llave, notó que no

estaban echadas las dos vueltas. ¡Qué lástima! Ya no sería tanta sorpresa. Entonces escuchó la

música romántica. Luis seguía siendo un amor.

Entró sin hacer ruido y posó el bolso en el sofá, pero la mesa aún no estaba puesta. Claro, era

demasiado pronto. Entonces se fijó en que había otro bolso sobre la estantería. ¡Qué bonito!

Esperaba que no fuera para ella, porque estaba sin envolver. De todos modos, era igual que el de su

amiga Esther. Y en ese momento, terminó la música. Y oyó los gemidos.

Se dirigió despacio a la habitación, pues no podía entenderlo. La puerta estaba entreabierta y

pudo ver cómo Luis se corría sobre Esther. Ambos gemían y se decían cosas... ¡HORRIBLES! A

Elsa le parecieron asquerosas. Y entró en su cuarto. Despacio, sin hacer ruido

ni hablar. Aún no la

habían visto. Se besaban y decían cuánto se querían.

Entonces Esther la vio. Delante de ellos. Los miraba sorprendida, cabreada, triste. Empujó a Luis

para que se apartara de ella, a la vez que decía:

—Elsa, ¿qué haces aquí?

—¿Que qué hago yo aquí, Esther? Es curioso, porque yo podría preguntarte lo mismo —

respondió pausadamente. Era extraño: no gritaba, ni respiraba agitada. Aquello no era una escena al

uso. Estaba asombrosamente tranquila—. Aunque es obvio lo que haces. Evidentemente no necesito

preguntártelo.

—Elsa, cariño... —comenzó a decir Luis.

—Ni se te ocurra llamarme “cariño” cuando te acabas de follar a mi amiga... el día de nuestro

aniversario... Yo que había pensado que tú y yo... ¡Dios! ¿Cómo se puede estar tan ciega? —Elsa

comenzaba a comprender tanto secretismo de los últimos días, que ella había achacado a la fiesta.

—Respecto a eso... Quería contártelo. Iba a hacerlo hoy mismo, de verdad —respondió él,

vistiéndose apurado.

—¿Hoy mismo? ¿Ibas a decirme, durante nuestra cena de aniversario, que

estás tirándote a

Esther? —ironizó ella.

—Bueno, no. Quería decirte que lo nuestro no funciona. Que había pensado dejarlo...

—¡MANDA COJONES! —Elsa ya no podía aguantar más—. Hace dos días, cuando me hiciste el

amor... Bueno, yo te hice el amor. Tú sólo tuviste sexo conmigo, claro...

—¿Que te acostaste con ella? —preguntó Esther, enfadada—. Me dijiste que ya no teníais sexo.

Que me eras fiel a mí.

—¡JODER, ESTO ES EL COLMO! —volvió a gritar Elsa—. ¿Que le eras fiel? ¿Cuánto tiempo

hace que estáis juntos? Y ¿por qué me hablaste de dar un paso en nuestra relación? ¡DIJISTE “TE

QUIERO”, COÑO!

—A ver, a ver, calmaos las dos— comenzó a decir Luis.

—¡NO SE ME PONE DE LA PUNTA DEL COÑO CALMARME! —gritó Elsa, de nuevo.

Entonces paró de gritar. Cogió aire y continuó hablando—. Mirad, chicos: he sido muy paciente, pero

esto me supera. Ahora mismo os largáis los dos de mi apartamento. Paso de explicaciones y paso de

todo. No os quiero volver a ver en mi vida.

—¡Oye, Elsa! —protestó Luis—. Que también es mi apartamento.

—¡ME LA TRAE AL PAIRO! —volvió a chillar Elsa—. Mañana a las dos de la tarde podrás

entrar y quedarte a vivir, si quieres. Durante esta tarde y mañana por la mañana, recogeré todas mis

cosas y me marcharé. Luego, haz lo que quieras con el apartamento, con tu vida y con todo. Ahora,

marchaos los dos de aquí.

Luis cogió una bolsa y metió algo para pasar la noche. Los dos terminaron de vestirse y se

marcharon. Esther intentó volverse para decir algo, antes de salir. Elsa estaba sentada en el sofá, con

las manos en la cara. Instintivamente la señaló y le dijo:

—Ni se te ocurra decir nada. No quiero volver a verte, ni a escucharte. Jamás.

Sin decir nada, Esther salió detrás de Luis.

Elsa apagó la música y se dirigió a la habitación. Curiosamente no derramó ni una sola lágrima.

Lentamente comenzó a hacer el equipaje. Al día siguiente se marcharía de allí: de su casa, de su

sueño, de aquel matrimonio que había estado al alcance de sus manos, de aquel hombre al que había

amado, pero sobre todo, en el que había creído...

Entonces, comenzó a darle vueltas a la cabeza... Irse de allí.

Irse.

Lejos.

2.- ME VOY

(Julieta Venegas)

Después de una noche sin dormir, en la que preparó todo el equipaje, bebió y hasta fumó, por la

mañana se dio una ducha. Al salir, llamó al jefe, a la oficina, para solicitar un traslado.

—¿Un traslado? ¿A dónde? ¿Para cuándo? — le bombardeó su jefe a preguntas.

—Donde sea. Ya mismo; si puede ser esta misma semana que entra, mucho mejor que la que

viene —respondió ella.

—Pero ¿cómo va a ser “donde sea”? ¿Qué mosca te ha picado a ti? —Su jefe no daba crédito a

tanta locura.

—Mira, *Sanmi* —comenzó a explicarle ella, llamándole por el apelativo cariñoso que siempre

usaba, abreviatura de su apellido—, anoche pillé a Luis en la cama con mi mejor amiga. Yo creí que

me iba a pedir matrimonio y me encuentro con eso...

—¡JODER, ELSA! ¡Me cago en la puta, lo siento! — *Sanmi* interrumpió a Elsa—. Vale, me hago

cargo. ¿Pero estás segura de que la solución es huir?

—No. Huir no. Marcharme. No es lo mismo. Paso de ver a nadie. Sabes que no tengo familia en

Valladolid y nada me une aquí. Sólo el trabajo. Por eso te pido que me envíes a otra ciudad. De

momento, me da igual el destino. Y prefiero irme cuanto antes.

—Dame un par de horas. Voy a llamar a Madrid, a la central, a ver dónde hay algo. No te

preocupes, *Pitufina*. Seguro que te encontraremos algo —Elsa era conocida como *Pitufina* en la

central de repartos. Era la única mujer entre una flota de repartidores, todos hombres. Eso, unido a su

baja estatura, hizo que pronto la bautizaran con dicho mote. A ella le gustaba y solía silbar la música

del simpático personaje.

Al cabo de tres horas, el teléfono sonó: —Elsa, ya tengo destinos. Hay una plaza en la oficina de

Gijón para ya: empezarías este lunes, pasado mañana. También hay una para dentro de tres semanas

en Badajoz. Y es posible que en menos de dos meses haya algo en Alicante y en Barcelona.

—Me voy a Gijón, *Sanmi*. Cuanto antes, mejor.

—¿Estás segura, *Pitufina*? —se interesó su jefe.

—Totalmente, “papi”. No te preocupes. Sabes que estaré bien —le respondió ella.

—Lo sé. Nunca lo he dudado. Ya sabes dónde estamos para lo que necesites. Un besazo, Elsa.

—Otro a ti, *Sanmi*. Llamaré a los chicos para despedirme. ¿Te vienes?

—No, mejor no. Yo desentono entre vosotros. Y a muchos, no les gusta salir con el jefe.

Elsa colgó el teléfono y llamó a Jaime. Le contó lo ocurrido y quedó con él a tomar unas copas

esa misma noche, para despedirse. Él llamaría a los otros chicos.

Al final sólo pudieron salir Jaime, Lucas y JoseLu. Tomaron una pizza y fueron a beber al pub

que quedaba cerca de la oficina. Sara ya los conocía, y siempre les hacía precio. Además, JoseLu

andaba loco por ella. Se quedaron hasta el cierre y los tortolitos marcharon juntos a casa de Sara.

Jaime le propuso a Elsa ir a su casa, con Lucas.

Al principio, a ella le pareció un poco raro, pero luego decidió que haría lo que deseara en cada

momento. Y en ese momento deseaba más que nunca darse una alegría al cuerpo. O mucho mejor,

dos. Así que accedió.

Al entrar, Jaime les invitó a ambos a acercarse a la habitación. Ella pidió unos minutos para

asearse y ponerse cómoda. Jaime le indicó dónde estaba el baño. Se miró en el espejo y volvió a

plantearse lo que iba a hacer. Estos chicos le gustaban mucho, pero estar con dos a la vez, era algo

que nunca había hecho. Entonces escuchó la música y se dio cuenta de que le apetecía un montón.

Enrollarse con los dos tíos más macizos de la central de repartos. Era “exactamente” lo que quería

hacer.

Salió del baño en sujetador y braguita. Había tenido la mala leche de ponerse de nuevo el

conjunto que había comprado para celebrar con Luis...

—Joder, *Pitufina*, estás preciosa —exclamó Lucas, yendo hacia ella.

Jaime se quitó la camiseta y se acercó a ella por detrás. Le acarició la espalda y la besó

lentamente.

—Y tanto que lo está. Absolutamente preciosa —susurró entre beso y beso.

Elsa comenzó a gemir y se dejó hacer. Los acariciaba. Besaba a quien la besaba. No tenía manos

para los dos, pero a ellos no parecía importarles. Entre susurros, besos, caricias y abrazos, fueron a

la cama. Ellos dos se desnudaron lentamente y tomaron posiciones que les resultaban cómodas. Ella

se dio cuenta enseguida de que ellos no se tocaban. Disfrutaban compartiendo a la chica, pero no

había sexo entre ellos. Sí que había mucha complicidad: se entendían con miradas y gestos. Estaba

claro que no era la primera vez que compartían chica.

Jaime le pidió que le chupara la polla y Elsa accedió gustosa. Mientras tanto, Lucas la penetró

desde detrás. Ella había oído hablar de esas posturas muchas veces, pero nunca había intentado algo

así. De hecho, era la primera vez que estaba con dos hombres. Adoraba escucharles gemir y susurrar:

—Así, nena. Sigue chupando mi polla, rubita —gemía Jaime.

—Sí, *Pitufina*, siente mi polla dentro de tu coñito. ¿La notas? ¿Te gusta, zorrita? —le decía

Lucas.

Ella estaba al borde del orgasmo y levantó la vista suplicante.

—Sí, niña. Córrete, vamos. Dánoslo todo. Disfruta, rubita —le animó Jaime.

Fue un orgasmo intenso. Ambos la sujetaron mientras se convulsionaba en un éxtasis de morbo y

deseo. Se tumbaron a su lado y le acariciaron todo el tiempo la espalda, sus pechos, los brazos y las

piernas. Tan pronto la besaba uno, como otro. Ella nunca creyó que se pudiera sentir tanto placer en

un acto sexual.

—¿Qué, bombón? ¿Segundo “round”? —le preguntó Lucas.

—¡Hummmmmm, síiiiiiiii! Estaría genial —respondió ella.

—Ahora tú encima. Ven, cabálgame —le sugirió Jaime—. ¿Alguna vez has tenido doble

penetración?

—¿Bromeas? Es la primera vez que estoy con dos hombres. Pero es que Luis nunca me... quiero

decir que no... bueno que nunca...

—No hicisteis sexo anal —terció Lucas—. Pero *Yei* no se refería a eso, sino a que entremos los

dos por la misma entrada. No te haremos daño. Sólo disfrutarás: prometido.

Elsa abría cada vez más los ojos. Pero las caras sonrientes de ellos le dieron la confianza que le

faltaba. Decidió que quería intentarlo. Sabía que no le harían daño.

—Creo que me apetece mucho. Pero vosotros... ¿cómo...?

—No te preocupes, *Pitu* —le explicó Jaime—. Tú ponte a horcajadas sobre mí. Móntame, rubita.

Yo te indico, ¿Vale?

Elsa se montó encima de Jaime y la sola penetración ya le hizo jadear. Por indicación de Jaime,

se tumbó sobre él. Entonces, Lucas se colocó detrás de ella y le penetró desde ahí. Al principio se

sobresaltó por la presión de la segunda entrada. Pero no era dolor, como le habían dicho, sino

disfrute y placer.

Ella no podía apenas moverse, pero no importó. Ellos lo hacían. Elsa gemía, pidiendo más,

indicando que así le gustaba mucho, incluso se le escapó algún que otro “Joder”. Ellos sonreían, la

dirigían con gran maestría y le decían cosas de todo tipo: algunas frases sensuales y cariñosas y otras

soeces y guarras.

Nunca había gozado tanto con el sexo y se lo hizo saber. Cuando se corrió, se dejó caer por

completo sobre Jaime, entre gritos de placer. Ellos se salieron de ella enseguida y ambos se

colocaron de rodillas terminando de masturbarse y de derramar toda su lefa sobre los pechos de

Elsa. Fue increíble. Volvieron a tumbarse para quedar relajados y dormidos entre besos, caricias y

palabras cariñosas.

Por la mañana, cuando Elsa despertó, Jaime estaba en la ducha y Lucas, preparando el desayuno.

Se colocó la camiseta de Jaime y acudió a la cocina. Lucas la recibió abrazándola por la cintura y

atrayéndola hacia él, para besarla apasionadamente.

—¿De verdad te vas, *Pitufina*? Ahora que eres libre, ¿te das cuenta de lo bien que lo pasaríamos

los tres? ¡Quédate, anda!

—Creo que tenemos la batalla perdida *Luk*. La rubita ya lo tiene decidido. ¿No es así, preciosa?

—añadió Jaime, que salía del baño.

—Pues sí, chicos. Aunque después de lo de anoche, es para pensárselo, que conste. Pero debo

irme. Es mejor comenzar en otro lugar. Lejos de todo —Su cara se ensombreció de nuevo.

—No pasa nada. En cuanto te instales, nos llamas e iremos a visitarte, ¿de acuerdo? —resolvió

Lucas.

Desayunaron los tres juntos y se despidieron. No tardarían en volver a verse y disfrutar de nuevo.

3. IT'S RAINING MEN

(The weather girls)

Llegó a Gijón el domingo por la noche y se hospedó en el hostel que le había sugerido la hermana

de Jaime. Ya tendría tiempo de buscar algo más adelante. El lunes a primera hora se presentó en la

oficina de repartos y preguntó por el Sr. Antuña.

—Soy yo. ¿Eres *Pitufina*? San Miguel me dijo que vendrías. Hay mucho trabajo, aunque

lógicamente tienes que ir haciéndote con las calles y los destinos —respondió el jefe.

—Encantada. *Sanmi* me dijo que usted hablaba mucho —se presentó riendo. Le gustaba el

ambiente distendido. Tenía la impresión de que sería similar a Valladolid—. He pensado que los

primeros días puedo usar el navegador. Pero aprendo muy rápido. ¿Cuál sería mi vehículo?

—Perfecto. La furgoneta que está en segundo lugar. Aquí todos los repartidores son también

hombres, de modo que seguro que tendrás el mismo mote —le aclaró el jefe.

—¿Y a ti, cómo te llaman? —preguntó ella con familiaridad.

— *Boss* —respondió él, orgulloso—. ¿Vamos a la oficina y te hablo de horarios, contrato y

demás?

—Claro. Estoy deseando empezar —respondió Elsa con ilusión.

—Ya me advirtió *Sanmi* que eres todo optimismo. A pesar de que has tenido un palo en tu vida.

Eso dijo. Yo no me meto en la vida de nadie, pero espero que todo se solucione pronto. De igual

modo, si todo sale bien, no querré que te vayas de aquí. Pero vamos por partes.

La cara de Elsa había cambiado de color cuando comentó que había tenido un palo. Suerte que

San Miguel no debió comentar qué era lo que había ocurrido. Tanto mejor. No tenía ganas de dar

“cuartos al pregonero”. Sabía que le costaría olvidarse de Luis, pero prefería estar ocupada y pensar

en otras cosas... y en otras personas...

Al salir del despacho, se le acercó un guaperas, rubito, musculitos, con sombrero tejano y un

tipazo de quitar el hipo.

—Hola, bomboncito. ¿Tú eres la nueva? —le dijo, tocando su mentón con dos dedos.

—Pues debo ser yo, teniendo en cuenta que no hay otra nueva por aquí. Tú debes ser el figurín de

la central, ¿no? —respondió con una falsa sonrisa, apartando la mano del tipo de un manotazo.

—¡Uy, uy, uy! ¡Cómo se las gasta la gatita! —respondió el guaperas—. ¿Arañas?

— *Redford*, o te comportas o te abro un expediente. ¿Te has creído que estás en un bar de copas?

En la Central no pienso tolerar una falta de respeto, ¿me oyes? —le gritó el jefe.

—Sí, *Boss*. Sólo estaba bromeando. No pasa nada. Perdona, rubita. Soy Ángel, pero todos me

llaman...

— *Redford*. No me digas por qué. Creo que ya te he pillado. Soy Elsa, pero todos me llaman

Pitufina —respondió ella, seria.

—¿Por tu altura? ¿O por ser la única mujer? —preguntó *Redford*.

—Por ambas cosas, evidentemente. Oye, debieron buscar otro mote, ¿eh? Tengo entendido que

Robert Redford era más...

—¡ *Pitufina*! ¡Las órdenes son para todos! También para los nuevos. Ni una falta de respeto —le

“regañó” el jefe.

—Sí, jefe. Perdón. No se volverá a repetir —A Elsa no le convenía comenzar con mal pie.

Dirigiéndose a Ángel se disculpó—. Lo siento mucho. Perdona.

—¡Vaya, me he perdido! No sé por qué te disculpas, pero no pasa nada. Todos somos colegas —

respondió *Redford*—. ¿Qué hay ahora, *Boss*?

Elsa miró al jefe y ambos explotaron en una carcajada. Efectivamente Ángel no se caracterizaba

por ser muy inteligente. Seguro que en otras cosas era bueno... ¡Bufffff!

¿Qué le pasaba? Terminar la relación sosa y aburrida con Luis parece que la estaba llevando a

desear todo lo que nunca antes se había planteado, por el simple hecho de disfrutar, de pasarlo bien.

Y eso... ¿Eso qué? ¿Por qué coño debía “contenerse”? ¿Por qué no podría hacer lo que le viniera en

gana, teniendo en cuenta que no debía nada a nadie y que era totalmente libre? Pero “zumbarse” a un

compañero, mejor no. Y menos, teniendo en cuenta que era un figurín y un gili. Mejor buscar otra

cosa, en otro sitio.

Salió a hacer un servicio. Una cosa fácil. Además, llevaba el tom tom. Al volver, conoció a otros

dos repartidores: Luis (¡qué casualidad!) y Enol. Ambos eran hombres mayores, pero un par de

encantos. Allí todos tenían apodos de personajes famosos. Luis era conocido como *Bud* (Spencer).

La verdad es que se le parecía. Y a Enol lo llamaban *Beatle* porque siempre escuchaba su música en

la furgó.

Continuó haciendo servicios sencillos, a lugares conocidos, polígonos industriales y zonas de

fácil acceso. Todos ellos ayudándose del gps. Paró para comer y decidió acercarse al bar que se

encontraba en la misma zona de naves que la Central de Repartos. Allí conoció a la camarera.

—Hola *Pitufina*. *Redford* me ha dicho que había chica nueva y que ése era su mote. Al verte con

el uniforme, pues es evidente que eres tú. Soy Sara, la camarera de día de este antro. Sólo hay gente

del polígono, pero se come bien, de verdad. La cocinera es mi madre y te garantizo que trabaja como

en mi casa. ¿Te pongo el plato del día?

—Claro, Sara. Mira que soy una tragona, ¿eh? —respondió ella.

Enseguida llegaron los chicos. Entre ellos, uno al que no conocía aún, pero traía el uniforme de la

empresa, de modo que era compañero suyo.

—Mira, *Pitu* —le habló *Redford*, señalando al nuevo—. Éste es *Matt*. En realidad se llama Rafa,

pero le llamamos así porque...

—Joder, espero que sea por esos ojazos, que son como los de Matt Bomer. Como sea por sus

preferencias sexuales... —Nada más decirlo, se dio cuenta de que había metido la pata. No se puede

conocer a alguien y soltar semejante bombazo, aunque seas directa y familiar.

—Si quieres, vamos al almacén y te muestro mis preferencias sexuales, bombón —le replicó

Matt.

Afortunadamente todos estallaron en una gran carcajada. Todos menos el mismo *Matt*, que la

miraba fijamente con los ojos muy brillantes. Sonreía y entornaba ligeramente los ojos... Elsa sintió

una mezcla extraña entre miedo y morbo. Los chicos se sentaron a la mesa y Sara les trajo la comida.

—Hola a todos. Hola *Matt*. Tenía ganas de verte —babeó literalmente, apoyando los codos en la

mesa y hablándole suavemente, muy cerca de su cara.

Matt, que hasta ese momento había seguido mirando a Elsa, cambió la vista y se dirigió a ella: —

Yo también, nena. Tenemos que repetir lo del viernes, ¿ehmmm? —le ronroneó muy cerquita de su

boca. Le dio un piquito y le lamió el labio.

—Por supuesto, bombón —le susurró al oído, pero lo suficientemente alto para que todos lo

oyeran... ¿especialmente Elsa?

Pareciera que estaba marcando su territorio. Bien. Ningún problema. Si había algo que no le

interesaba especialmente eran los hombres. Por muy buenos que estuvieran.

Volvieron a la central y les repartieron los servicios.

4.- TODOS LOS HOMBRES SON IGUALES

(Objetivo Birmania)

—Perdona, *Boss*. Mira lo que me ha tocado. ¿Me orientas sobre dónde es esto? —le comentó

Elsa, que no tenía ni idea de la dirección.

—¡Joder, me he lucido! Perdona, *Pitufina*. ¡OYE, *MATT!* —gritó, dirigiéndose al recién

conocido compañero —¿Quieres llevar el envío de DyD? Creo que te ha tocado lo de Oviedo y la

Pitu no sabe dónde está Lugones.

Matt se quedó mirándola fijamente, como cuando estaban en el restaurante. Se sonrió y les dijo:

—Propongo algo. Como yo le voy a hacer su servicio, que venga conmigo. Le enseño dónde está la

oficina de DyD, en Lugones. Y luego, que me acompañe a Oviedo. De ese modo, se va quedando con

las zonas de los clientes fijos. ¿Vale, *Boss*?

—Por mí perfecto. ¿*Pitufina*? —preguntó el *Boss*.

—Pues por mí también. Por un lado, podemos ir conociéndonos —respondió Elsa. De repente, no

supo si le sonaba del todo bien— Y además será una manera fantástica de hacerme con los diferentes

sitios y tal... —quiso arreglarlo. Lo cierto es que *Matt* era un pedazo de

hombre...

—Pues coge tu bolsito blanco y nos vamos, bella —propuso *Matt* subiendo a la furgó.

—¿Mi bolsito blanco? —Elsa miró su indumentaria. No recordaba que el uniforme llevara

ningún tipo de bolso o riñonera... y menos blanco...

—“La, la, lará, la, la... La, la, la, la la...” —canturreó él la música de la simpática muñeca azul.

Todos se echaron a reír, incluida ella. Se encaminó a la furgoneta.

Matt arrancó cuando su nueva compañera se ató el cinturón y se volvió hacia ella: —Rafa. Es mi

verdadero nombre. Aunque me puedes seguir diciendo *Matt*. Pero si algún día tenemos algo más...

digamos... “personal” —remarcó especialmente esta palabra—, espero que me llames Rafa.

—Elsa —dijo ella alargándole la mano, para chocársela —. Puedes llamarme Elsa, *Pitufina* o

Pitu. Y nunca tendremos algo más... “personal” —añadió, enfatizando también en el mismo lado—,

así que no tienes que elegir el nombre según la circunstancia. Usa el que te plazca.

Rafa sonrió y puso música. “*Twisting by the pool*”, de Dire Straits, comenzó a sonar con fuerza.

Elsa lo bajó un poco y le dijo: —Si llaman de la emisora, no lo oiremos.

—¿Qué pasa, *Pitu*? ¿Gárgamel no os permitía usar el bluetooth? Si llaman,

entra la llamada,

desactivando la música, sea radio o el mp3. ¿Te gustan los Dire Straits?

—Me encantan. Pero las furgos de la central de Valladolid no tienen bluetooth. No había pasta

para ponerlos.

—¿Y cada vez que llamaban? ¿Os salíais para atender? ¿U os arriesgabais a que os pillaran?

—Pues depende de la zona. Como ya te vas conociendo los lugares, sabes por dónde es muy

difícil que aparezcan los enfermeros.

—¿Los enfermeros?

—Sí, los que te quitan los puntos.

—¿Y la pasta? ¿Quién la pagaba?

—Creo que nosotros. No sé. A mí nunca me pillaron.

La conversación fue amena hasta llegar a Lugones. Rafa se dirigió al polígono industrial en el que

se encontraba el cliente. Le explicó que era un lugar reciente y que, por eso, no era sencillo

encontrarlo. Pero que les pedía servicios todas las semanas. Entraron los dos al almacén y Rafa se

dirigió a una oficina que se veía al fondo. Elsa le siguió. Abrió la puerta y saludó: —Hola, Javi.

Tengo compi nueva. Para ti, *Pitufina* —le dijo, sonriendo a Elsa, con mucha mala idea.

—Hola, *Pitufina*. Os llamaré todas las semanas para hacer envíos. Ya sé que el polígono es

nuevo y no aparece en los navegadores, pero ahora ya sabes dónde es, ¿no?

—Sí, claro. Encantada. Si me toca la ruta, ya sé dónde es. Mi compañero me ha hecho el favor de

explicármelo. Ya sabes, para ti *Matt*, imagino.

Javi los miraba “como las vacas al tren”, sin comprender absolutamente nada de lo que se traían

entre manos. Era la segunda vez que ella bromeaba con las preferencias sexuales de su compañero.

Matt se la encaró sonriendo y le dijo: —Evidentemente, para él soy *Matt*. Pero tú me llamarás Rafa.

Te lo garantizo.

Elsa estalló en carcajadas, mientras Rafa recogía la documentación y el envío.

—Gracias por todo, chicos. Hasta la semana que viene —se despidió Javi.

—Encantada, Javi —respondió Elsa sonriendo, igual que siempre.

Volvieron a la furgoneta.

—Vamos a Oviedo y hacemos mis servicios. Son fáciles... como yo. Y son fijos. Casi siempre

me los dan a mí, porque me los hago en una tarde. ¿Tienes que volver a la central a algo? Si no, te

puedo acercar a tu casa y yo también me voy ya. Siempre me llevo la furgoneta a casa. Vivo cerca y

al *Boss* no le importa.

—Bueno, sólo tendría que recoger los papeles del contrato y tal, pero puedo hacerlo mañana.

¿No tienes que entregar las documentaciones de los servicios de hoy?

—Siempre voy media hora antes a trabajar. Así entrego los papeles de la tarde anterior. ¿Dónde

vives?

—De momento, en un hostel que hay cerca del polígono. Hostel Mercedes. ¿Lo conoces?

—Sí, he estado un par de veces en él...

Elsa sintió que había sido indiscreta. Era evidente a qué habría ido al hostel, si vivía cerca de la

central. Subió el volumen de la música y entornó un poco los ojos.

—¿Te molesta? Prometo no dormirte. Sólo descansar un poco la vista. Demasiados cambios y

emociones y apenas he dormido.

—No me importa. Y yo prometo respetarte. No abusaré de ti, ni siquiera para demostrarte cuáles

son mis preferencias sexuales, ya que sigues dudando.

Elsa sonrió, dejando salir el aire por la nariz, y cerró los ojos.

A las cinco y media oyó el freno de mano y los abrió de nuevo. No se podía creer que se hubiera

dormido de verdad.

—¡Ups! Perdona. Te juro que no pensaba dormirte. Lo siento, de verdad...
—se disculpó, toda

nerviosa.

—¡Hey, no pasa nada, *Pitu!* Estabas cansada y, al sentirte tranquila y confiada, es normal que te

durmieras. Éste es tu hostel. Te habría propuesto tomar algo, pero con lo cansada que estás, imagino

que es mejor que te vayas a dormir. Mira, cambio mi propuesta. Si quieres, mañana a las ocho y

veinte te recojo. Siempre entro a las ocho y media, como te expliqué, para entregar las

documentaciones y demás. Por eso, cuando llegan los demás, ya me he ido. ¿Te agrada la idea? ¿Te

parece bien?

Matt estaba siendo muy amable con ella. Incluso le colocó detrás de la oreja un mechón de pelo,

que se había soltado de la coleta... Al notar sus dedos en el lóbulo, se estremeció y cerró los ojos...

Se le escapó un leve gemido. Él se acercó y se paró a un par de centímetros de su cara. Esperó a que

ella los abriera de nuevo.

—Dime... ¿Te gusta mi propuesta, Elsa? —su voz se había vuelto grave y dulce.

—Me encanta, Rafa —respondió ella, sin poder contenerse. Dejó su boca ligeramente abierta. Su

aliento era cálido y cargado de deseo.

¡Dios! Este hombre la volvía loca. Pero si apenas lo conocía. Él comprendió inmediatamente la

invitación y la besó. Al principio, sólo un piquito. Suave y dulce. Pero enseguida abrió sus labios y

con su lengua invadió la boca de Elsa. Ella respondió con toda la pasión contenida desde que lo

había visto al mediodía en el restaurante. Acariciaron sus lenguas y las manos acudieron ansiosas al

cuello, al pecho, a soltar los botones de sus camisas...

Fue como un flash.

¡HEY!

¿Qué coño estás haciendo, Elsa? ¿De qué palo vas?

Lo apartó, no demasiado fuerte. No quiso ser una borde, pues era algo que había propiciado ella.

—Perdona *Matt*, lo siento, pero... —comenzó a explicarse.

—No. Perdona tú. No debí aprovecharme de tu estado. Lo siento. Mañana te recojo a las ocho y

veinte. Por favor, no te retrases —resolvió él.

Elsa se bajó de la furgoneta y se despidió sin mirarlo a la cara.

—Gracias por todo, de verdad. Hasta mañana.

En cuanto cerró la puerta, *Matt* salió derrapando. Frenó en el cruce y se perdió de su vista. ¡Qué

gilipollas! Si había algo que odiaba era comenzar algo para luego zanjarlo así. Y además, ella era

bastante equilibrada. No creía en este tipo de rollos de “aquí te pillo y aquí te mato”. Y mucho menos

con un compañero de trabajo. Si hasta le había costado hacer algo con Jaime...

Jaime...

5.- I JUST CALLED TO SAY I LOVE YOU

(Stevie Wonder)

Jaime...

Si él estuviera aquí...

¡Cuánto le echaba de menos... sus manos... su cuerpo...!

Llegó a su habitación y entró. Se tumbó sobre la cama y llamó a Jaime.

—¿Hola? ¿*Pitu*? ¿Cómo estás, rubita?

—Te echo de menos, Jaime. Quiero que me folles... No, quiero que me hagas el amor... Te

deseo...

—Claro, linda. Quítate la ropa y tumbate, *Pitufina*.

—No, Jaime: Elsa. Llámame Elsa hoy, por favor.

—Elsa... mi dulce y cachonda Elsa... Siente mis manos en tus preciosas tetas, cielo... te toco los

pezones... diossssssss, esos pezones que se ponen enormes... me vuelven loco, ¿lo sabes?

—Joder, Jaime, te deseo... sigue, por favor... tócame...

—Hummmmmmm... desciendo mi mano por tu cuerpo, mientras mi boca lame y besa cada

centímetro de tu tripita, me recreo en tu ombligo, ¡Joder, cómo me gustas, Elsa!

—Sigue, cielo... Colócate a mi lado, pero del revés. Quiero tu polla en mi boca... deseo

lamerte, besarte, chuparte, joderrrrrrrrrr... Fóllame la boca, cariño...

—¡Ostras, Elsa! Como el otro día... Un sesenta y nueve perfecto... ¿Quieres que esté Lucas con

nosotros, pequeña?

—Hoy no, Jaime. Hoy te quiero a ti... Te deseo a ti... Dios... no controlo este sentimiento...

Yo... No estoy segura de lo que siento.

—Mira, Elsa. Hagamos el amor y ya hablaremos de esto más tarde, ¿vale? Yo también necesito

verbalizar lo que siento por ti, pero ahora no. Ahora disfruta de tu cuerpo. Préstame tus manos para

hacerte vibrar. Deseo follarte y hacerte sentir la mujer más dulce y caliente del mundo, la más

deseable.

Follaron, claro que sí. Jaime y Elsa siguieron su particular maratón, corriéndose y descansando

apenas unos minutos entre orgasmo y orgasmo. Hubo mucha complicidad en ese momento. Mucha

pasión y deseo, pero también mucho cariño. Las palabras dulces se mezclaban con las obscenas,

declarándose tanto su amor, como prometiéndose hacerse las mayores guarradas que se les ocurrían.

Sobre las cuatro de la madrugada, ambos se caían de sueño y cansancio.

—Jaime, cielo, tengo que dormir. Me levanto dentro de tres horas. Aquí trabajo en jornada

partida —comenzó Elsa a despedirse.

—¡Joder, qué putada, tía! Yo estoy de mañana. También madrugo, pero tengo la tarde libre —

respondió él.

—Bueno, hablaremos, ¿vale? Gracias por esta noche.

Claramente Elsa intentaba eludir la puñetera conversación. Había comenzado a declararle su

amor en un instante en que los sentimientos estaban a flor de piel, pero se daba cuenta de que no era

el momento, ni la situación. Prefería seguir disfrutando de su libertad y ¿quién sabe? Quizá hasta se

diera un homenaje con *Matt*.

—Sigo aquí, *Pitufina*. Cuando me necesites, “sílbame”, ¿de acuerdo?

—Claro *Yei*. A ver cuándo os animáis *Luke* y tú a venir a verme y lo pasamos genial, ¿eh?

Jaime veía cómo Elsa “escapaba” de aquello que sentían. Huía sin que él pudiera hacer nada al

respecto. Pero ella tenía razón: no era el momento ni la situación. Debían dejarlo pasar.

—Por supuesto, *Pitu*. Descansa y sigue disfrutando ahí, en tu nuevo hogar. Un besazo.

—Otro a ti, *Yei*. Hablamos.

Tuvo que colgar. Ella sabía que había comenzado a querer a Jaime. Pero no permitiría que este

sentimiento fuera a más. Definitivamente haría lo que fuera por quedar con *Matt* y así se olvidaría de

Yei. Seguro que sería así. También decidió no volver a hacerlo sólo con él: se aseguraría de estar

siempre con Lucas. De este modo, estaría protegida de los sentimientos.

Esta vez lo tenía claro: ¡No volvería a amar! ¡Nunca más! Así no volvería a sufrir.

6.- LO ESTÁS HACIENDO MUY BIEN

(Amistades Peligrosas)

Al día siguiente todo volvió a la normalidad.

Elsa se había adaptado fenomenal a su nuevo trabajo y tenía muy buen rollo con sus compañeros.

En muy pocos días, ya no necesitaba ayuda para hacer los repartos; si acaso, usaba su navegador.

Los pocos lugares que no aparecían en él, ya los tenía perfectamente integrados en su memoria.

Cada día comía con los chicos en “El Oso Blanco”, el bar del polígono industrial. Sara era un

encanto y tenía muy buen rollo con todos. También consiguió un apartamento muy cerca del hostel. De

hecho, era de un hermano del dueño y le hizo un fantástico precio. Todo apuntaba a que Elsa se

quedaría allí.

Los viernes solían salir a tomar algo por la noche. Algunos sábados recibía visita de amigos o

familiares e iban a recorrer la provincia. Jaime le había dicho un par de veces que iría a visitarla y a

quedarse con ella el fin de semana. Pero Elsa siempre ponía excusas.

El problema es que se había dado cuenta de que sentía algo especial por él y no estaba dispuesta

a dejarse envolver por el amor, después de lo que había sucedido con el capullo de Luis. Lo que

tenía con *Yei* era especial y prefería renunciar al amor y al sexo, que perderlo como amigo.

Jaime no acababa de aceptarlo e insistía con ella: —¡Hey, *Pitu!* Eres una cortarrollos. ¿Por qué

siempre te resistes? ¿Por qué no dejas que fluya esto que tenemos entre nosotros?

—Déjalo, cielo. Así estamos bien. Tú disfrutas, yo disfruto..., no lo compliquemos.

—Pero Elsa, tú sabes que lo que sentimos, es más que disfrute. Esto nuestro es más que sexo.

Incluso más que amistad. ¿Quieres que vaya este finde a verte? Podemos hablarlo y...

—Lo siento, *Yei*. Este finde no estaré. Tengo planes —mintió ella.

—Pues los anulas. ¡Quiero estar contigo, joder! ¿Es que no entiendes que te quiero? —estalló

Jaime.

Elsa se quedó muda.

¡No, no, no y mil veces no! Sabía cómo cortar eso.

Se iría a pasar el finde con *Matt*. Jaime se daría cuenta de que ella no estaba enamorada, sino

que era una fresca que se acostaba con quien tuviera un buen... “argumento”. Después del lógico y

violento silencio, la respuesta de Elsa fue tan cruel como falsa.

—Imposible, cielo. He quedado con un amigo para ir a Cantabria. Me va a enseñar todas las

maravillas de su tierra y... espero que mucho más —su voz pasó a tener una melodía que quiso ser

sensual, incluso transmitir buen rollo. Pero en realidad iba cargada de mentira, por lo que resultó

demasiado artificial.

—¡Como quieras! —rugió Jaime. Y colgó el teléfono antes de lanzarlo contra la pared de

enfrente. Aprovechando la soledad de su apartamento, rompió a llorar.

Elsa también lloró. Pero sólo un poco.

Un rato después llamó a *Matt* y le propuso salir de finde juntos. Siempre le hablaba de la

preciosa Cantabria, de donde era originario; y se ofreció para mostrarle algunos lindos lugares de su

comunidad. Elsa pensó que era probable que tuvieran algo ese finde... pero decidió que era libre

para hacer lo que quisiera, por lo que se obligó a olvidar todo lo que no fuera disfrutar con su nuevo

amigo.

El viernes por la tarde salieron hacia Cantabria y pararon en San Vicente de la Barquera. Pasaron

allí la tarde, recorriendo la preciosa villa marinera y conociendo alguna de sus costumbres y

tradiciones.

Decidieron continuar, para llegar a dormir a Santander; cenaron en el Puerto Pesquero y se

quedaron a dormir en un precioso hotel-spa del barrio de Peñacastillo.

Esa noche, al llegar a la habitación, Elsa se quedó mirando fijamente a *Matt*. Él cerró la puerta,

dejó el chaquetón sobre el sillón y se descalzó. Ella hizo lo propio: chaquetón y bolso al sofá; botas

fuera. El repartidor sonreía, con esa mirada que parecía querer devorarla. *Pitu* se acercó a él muy

despacio, dirigiendo sus manos a los botones de la camisa. Adoraba esos automáticos, que podían

abrirse del tirón, dejando aquel maravilloso pecho a la vista.

—Lo que daría yo por hacer lo mismo con tu camisa, Elsa —susurró justo

antes de gemir, al notar

la boca de la joven atrapando su pezón. ¡Adoraba que le hicieran eso!

Elsa siguió disfrutando del increíble torso de *Matt*, acariciándolo, besándolo, lamiéndolo y hasta

mordisqueándolo. Le había gustado que él se dejara hacer eso. Mientras tanto pudo notar las enormes

manos masculinas, desabrochando con sumo cuidado su blusa blanca. Las mismas manos la hicieron

descender suavemente por sus hombros y brazos y, con mucho cuidado, la lanzaron sobre el sofá.

La joven se dispuso a soltar el cierre del sujetador, cuando las manos de él se lo impidieron.

—Por favor, déjame disfrutar un momento de la vista —Se la comía con los ojos—. Y también

de esto.

Con cuidado, retiró hacia abajo la puntilla de la copa, dejando al descubierto el pezón de la

chica. Acercó su lengua, lo lamió muy suavemente. Le siguieron los labios, que le dieron un beso

casi puro y casto. Pero luego, los dientes atraparon el erecto pezón y, sin hacerle daño, aplicaron la

justa presión para que ella gimiera de placer. ¡IMPRESIONANTE! Una auténtica descarga, igual que

un relámpago, que se formó en el mismo centro de su pecho, fue lanzado contra su cerebro, descendió

claramente por su columna vertebral y estalló exactamente en su clítoris. Elsa pensó que, si él se

empeñaba, podría llegar a hacer que ella se corriese, sólo masturbando sus pechos. Reposó sobre el

pecho de *Matt*. Se podría perder en ese cuerpo, igual que en esa mirada.

—Elsa, quiero decirte algo. Antes de que continuemos, me gustaría aclarar...

—No te preocupes, cielo. Esto es sólo sexo entre dos buenos amigos —casi recitó de memoria.

No le haría pasar por el corte de aclararle que no estaba enamorado. Total, ella tampoco lo estaba...

de él —. Aunque nos digamos palabras preciosas, es claro lo que hay entre nosotros. Y, a la vuelta a

Gijón, todo habrá terminado, tranquilo.

—Gracias, bombón. Además de estar buenísima, eres un cielo. ¿Lo sabías?

—aclaró *Matt* antes

de seguir besándola.

Elsa se desabrochó sus vaqueros y se los quitó. Se quedó sólo con el tanga, con lo que su

compañero la sujetó firmemente cada nalga con una de sus manazas. Se las masajeó, se las amasó, las

separó y las juntó, mientras le susurraba al oído: —Dios... mira que estás rica. También te comeré el

culito, nena.

Todo esto encendió mucho más a *Pitufina*, quien se acuclilló ante el cierre del pantalón del

chico. Desabrochó el botón, soltó la cremallera y le bajó aquellos jeans que le quedaban de vicio. Le

ayudó a sacárselos y fue él mismo, quien los lanzó sobre el sillón. Elsa volvió a colocarse, esta vez

de rodillas, apartando con una mano el bóxer negro, y cogiendo con la otra, el erecto miembro de

Matt, que casi rugió al contacto con la pequeñísima mano. Sin perder el contacto visual, ni la

sonrisa, lo dirigió a su boca, introduciéndolo hasta el fondo.

—¡Sí, Diossssssssss! Eres el puñetero cielo, joder... —gimió él.

Ella se aplicó a jugar con su lengua, labios y dientes, recibiendo agradecida esas primeras gotas

preseminales que hacían indicar que él estaba absolutamente entregado.

Pero tampoco permitió que sólo ella diera placer. ¡Qué tonto! Poco sabía que Elsa disfrutaba

muchísimo haciendo una mamada como aquella. Tan sólo necesitaba sentir la entrega total que había

notado en su compañero y que, antes de él, sólo había tenido con... ¡Dios! Mejor seguiría

concentrada en lo que estaba haciendo.

Matt la cogió de las axilas y, como pesaba tan poco, la llevó en brazos hasta la cama. Le quitó el

tanga y ella a él, el bóxer.

—Mejor disfrutaremos a la vez, cielo.

Disfrutaron uno de los mejores sesenta y nueve que ella había experimentado jamás. Le dejó

lamer y chupar su coño y su ano, como le había prometido. Y, a la hora de encajar, también fue

fabuloso. Ella pudo cabalgarle a gusto; él gozó del cuerpecillo de su amiga, galopando sobre él; sus

pechos botando al ritmo; aquella cara de vicio... Y acabaron probando a cuatro patas. Para ambos

era una de sus posturas favoritas.

Probar los fluidos del otro, compartirlos y reposar abrazados, habían formado el perfecto colofón

de una noche casi perfecta. Y luego, dormir juntos. Por la mañana, ducha compartida, después de otro

round en el jacuzzi y en la enorme cama de aquel lugar tan genial.

7.- VIAJAR CONTIGO

(Álex Ubago)

Se acercaron a comer a Laredo, donde pasearon por la tarde. *Matt* dio a Elsa una de las mayores

sorpresas de su vida cuando la llevó a la Protectora de animales y allí le cedieron dos preciosos

perros a los que pasear: una linda mestiza llamada Sky y un pastor belga llamado precisamente *Matt*.

Cuando el macho vio a su tocayo, se le subió a los hombros. El hombre comenzó a acariciarlo y

rascarle, a la vez que se dejaba lamer y abrazar por el can. La alegría de

ambos era indescriptible y

la cuidadora no pudo reprimir las lágrimas.

El repartidor explicó a su amiga que era colaborador de la Protectora desde hacía años. Siempre

tenía apadrinados un par de amigos peludos, al menos hasta que alguien los adoptaba. Le presentó a

Miriam, una de las chicas que trabajaba en la protectora, que le contó la historia del macho:

—“Matt-perro” llegó a la Protectora, siendo un cachorro, junto a su madre y toda la camada.

Todos fueron adoptados y son felices en sus familias, pero él tuvo una experiencia terrible. Un

indeseable nos engañó y lo adoptó; lo devolvió al cabo de dos meses, argumentando que no

conseguía “domesticarlo”. Los cuidadores de la protectora notamos enseguida que había sido

maltratado, denunciando inmediatamente a aquel malnacido. Desde entonces, no habíamos

conseguido que se acercara a ningún humano, mostrando conductas de miedo y/o agresivas, incluso

con nosotros. Cuando le propusimos a “Matt-humano” que lo apadrinara, pidió verlo: lo miró; el

perro lo gruñó y él se acercó más; el peludo lo miró a los ojos y comenzó a lamerlo. Fue como un

milagro.

—Bueno, chicas. Da gusto escucharos, pero debemos ir a pasear a estos dos peludos o nos

comerán —les dijo Rafa, acalorado.

Comenzaron el paseo y *Matt* se dirigió hacia el paseo marítimo. Le explicó a su amiga que venía

a por sus canes, al menos dos veces al mes. También le contó que estaba esperando poder trasladarse

a vivir a Santander y, entonces, él mismo adoptaría dos. Sabía que nadie querría a *Matt*, pues éste no

quería a nadie, de modo que ése estaba garantizado.

—¿Trasladarte? ¿No estás bien en Gijón, cielo? —le preguntó Elsa, extrañada.

— *Pitu*, mi vida no está en Gijón. Fui allí huyendo de un desamor. Pero del amor no se puede huir.

Ella ya no está en Santander y mi vida pertenece a mi tierra. Debo volver a casa, ¿sabes?

—No sabes cómo te comprendo, *Matt*. Yo también huía del desamor, pero el amor me persigue y

debo mirarlo a la cara. —Nunca se creyó capaz de confesarle todo eso a alguien.

—Lo amas, Elsa. Es evidente. Debes hablar con él y confesarle lo que sientes —le hizo ver su

amigo.

—¿Tú qué sabes de mi vida? —contraatacó ella.

—¡Hey, *Pitufina*, tranquila! No soy tu enemigo, preciosa. Sólo he dicho lo

que necesitabas

escuchar. Pero no te preocupes. Dejamos el tema y ya está. Sigamos disfrutando, ¿vale? —en ese

momento, Matt-perro se acercó a ella y comenzó a lamerle las manos.

—Perdona, *Matt*. Tienes razón. Lo siento. Tú no tienes la culpa y además... estás en lo cierto...

—Y dirigiéndose al pastor belga, continuó— ¡Y este peludito es un amor! En fin, cambio de tema,

por favor. ¿Dónde cenaremos? ¿Y dónde dormiremos?

—¡Hummmmm, ya tienes ganas de tenerme de nuevo entre tus brazos, nena?
—le dijo Rafa, con

aquella voz grave, cargada de deseo.

—Mejor entre mis piernas, bombón —respondió ella con pasión. Y lo besó. Aquel beso

apasionado, junto al Cantábrico, en el momento en el que el sol abandonaba su plano de la vida, para

encontrarse con Morfeo. La estampa era realmente de foto y frase para el facebook.

Llevaron los perros hasta la Protectora de nuevo y se despidieron de Miriam y los demás. El

momento de la separación entre los dos Matt, fue espectacular. Ambos se besaban y abrazaban,

mientras “Matt-humano” le repetía sin cesar:

—¡Pronto, pequeño! ¡Muy pronto, te lo prometo! Y ya nada ni nadie nos separará más. Lo sabes,

¿verdad?

De camino al coche, Rafa agarró la mano a Elsa. A ella le gustó el gesto por doble razón: de un

lado, sabía que él lo necesitaba, y le encantó que lo hubiera hecho; de otro, ir caminando, de la mano

de este hombre, era uno de los mayores placeres de la vida. Al menos ella se sentía en el mismo

cielo.

Siguieron camino hasta Castro Urdiales. Cenaron cochinitillo en El Segoviano. A Elsa le pareció

uno de los mejores cochinitillos que había comido; sin duda, el mejor, fuera de la provincia de

Segovia. Y se quedaron a dormir en el hotel Miramar.

Esta segunda noche fue más romántica que apasionada, aunque la pareja no sabría poner el límite

entre romance y pasión. De cualquier modo, ambos sabían que habría un antes y un después de su fin

de semana en Cantabria. Era evidente que Elsa aclararía las cosas con Jaime, para bien o para mal.

En cuanto a *Matt*, no retrasaría más su idea de volver a su hogar.

8. - COMING HOME

(Skylar Grey)

Volver a casa tuvo, esta vez, muchos significados. Para *Matt*, supuso dar el paso definitivo.

Habían pasado un fantástico fin de semana, pero él se había dado cuenta de que no podría continuar

lejos de Cantabria, de Santander. El viaje de vuelta fue un cúmulo de confidencias.

— *Pitu*, me he dado cuenta de que quiero estar en casa. Mañana mismo voy a pedir traslado a

Santander. Me vendré ya, de hecho. Si no hay plaza en la Central, le pediré al Boss que hable con sus

colegas de otras empresas. Sé que tiene amigos hasta en el “Infierno’s Mail”, la empresa de

transportes del mismísimo Lucifer.

Elsa reía a carcajadas. Le encantaba el fabuloso ambiente que se había creado entre los dos.

Durante estos dos días, *Matt* le había explicado aquella relación que tuvo con una preciosa chica en

Santander. Las cosas no salieron bien y ella se marchó a vivir a Segovia. Actualmente estaba casada,

esperando su segundo hijo. A él le había costado pasar página, pero estaba preparado para volver a

casa.

—Seguro que estarás genial. Se nota que has aprendido a asumir que la vida de Laura es ahora

otra. Ella es feliz en su matrimonio. Y tú te volverás a enamorar.

—Ni de coña, *Pitufina*. Prefiero tener amigas increíbles, como tú. Pero lo de amarrarme, no es

para mí, nena.

—Ya, claro; eso decís todos. Pero mira: yo estuve a punto de dar el paso. Creí que me lo iba a

pedir Luis, cuando cumplimos 2 años de vivir juntos. Y me lo encontré en nuestra cama con mi

amiga... Sin embargo, ¿sabes algo? Ya no duele. Y también me dije “No me vuelvo a enamorar”. De

hecho, comencé a disfrutar del sexo con amigos y compañeros. Pero cada noche al acostarme...

—Lo sé; piensas en Jaime —le interrumpió Rafa.

—Pues sí: pienso en él. Cada noche y cada mañana —continuó. Y decidió sincerarse por

completo —. Mira, *Matt*...

—Ya lo sé. No necesito que me lo digas. Sé que viniste a Santander por ver si podías obviar lo

que sientes por *Yei*. Y mira que soy bueno, ¿eh? —bromeó su amigo.

—¡Joder! Eres el puto Rappel, tío —se rio Elsa, dándole un cariñoso golpe en el brazo.

Llegaban a la calle y *Matt* orilló su coche para despedirse.

—No te voy a besar, cielo. Este finde ha sido increíble, pero sé que lo amas. Ahora, cuando

llegues a casa, debes llamarle. No te guardes nada: dile que le amas. ¡Hazlo, Elsa!

—...a casa... Me pregunto dónde está mi casa. Tú lo tienes claro: está en Santander. Pero yo...

—Lo tengo claro, sí. Tu casa está donde esté *Yei*. Dile que se venga: que le den mi plaza. O

vuelve tú a Valladolid. Pero vuelve a su lado.

Elsa se quedó pensando unos segundos. Entonces, se lanzó a los brazos de *Matt*.

—Eres un verdadero amigo. Cuando estés en Santander, iré a visitarte. Y más vale que vengas tú

también. Gracias por todo, cielo. Te quiero un montón.

—Yo también a ti, *Pitu*. Cuídate mucho, ¿vale? —Elsa se bajó del coche y se dirigió al portal.

Matt arrancó y abrió la ventanilla —¡Y no te pierdas! Jajajajajaja —y se alejó.

Ella se dio la vuelta sonriendo. Abrió el portal de su casa. “Su casa...”. Seguramente a partir de

ahora, Gijón sería su casa... o quizá...

Al subir a su planta, se sorprendió al ver una mochila junto a su puerta. Se acercó y entonces lo

vio en la escalera: —Hola, *Pitu* —exclamó Jaime—. Espero que lo hayas pasado bien.

9. – MI NUEVO VICIO

(Paulina Rubio)

—Hola, Jaime. No esperaba encontrarte aquí, la verdad —saludó Elsa.

Se acercó para besarle, pero él la besó en la sien. La chica adoraba esos besos, pero esta vez

habría esperado algo más apasionado, la verdad. Entraron juntos a casa.

—¿Te apetece un café, o algo caliente? —ofreció ella.

—Sí, la verdad. Me he quedado helado esperándote. Llevo horas en la escalera. Pero deja: ya me

lo pongo yo. ¿Tú quieres? —Jaime se dirigió directamente a la cocina.

—Sería perfecto, la verdad —respondió Elsa, mirándole embelesada.

Imaginaba que tendrían mucho que hablar, pero eso debería ser poco a poco.

Elsa llevó la bolsa a la habitación y pensó en sacar la ropa y colocarla, mientras él ponía los

café. Aprovechó para ponerse el pijama y la bata. Cuando salió, encontró a Jaime sentado en el

sofá, pensativo. Los dos cafés esperaban en la mesita de la sala.

—Es evidente que tenemos que hablar, cielo —le dijo ella.

—Sí, lo es. Yo, al menos, necesito hablarte. Así que te voy a pedir que no me interrumpas, pues

lo que quiero decirte lo he pensado mucho. Demasiado tiempo. ¿Vale?

Elsa asintió. Tomó un trago y se acurrucó en el sofá, mirándole a los ojos, sonriendo suavemente.

Imaginó que la conversación iba a ser muy positiva.

—Elsa: yo te quiero. No me gustas, ni me molas. No me atraes, ni me pones. Bueno, todo eso

también, pero TE QUIERO. ¿Entiendes? Creí que podríamos vivir separados, siendo algo parecido a

una pareja, aún en la distancia, pero no. No quiero vivir así. Estoy dispuesto a compartir juegos y

sexo con otra gente, pues ambos disfrutamos, pero lo que quiero contigo es mucho más. TE QUIERO,

COÑO. Y no voy a seguir viviendo lejos de ti. Además...

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¡No, coño! Ahora no. ¡Necesito hablarte, joder! Dile que...

—No espero a nadie, *Yei*. No sé quién coño puede ser. Espera que voy a ver...

Al abrir la puerta, a Elsa le cambió la cara. La última persona que esperaba encontrar... Bueno,

quizá la penúltima...

En un primer momento pensó cerrar la puerta en las narices de Esther. Pero entonces decidió

darle una pequeña oportunidad. Plantarse en Gijón demostraba mucho valor y pensó que escucharla,

podría ser una buena idea...

—Hola, Elsa —dijo su antigua “mejor amiga”.

—¿Qué coño quieres, Esther? ¿A qué has venido? —preguntó ella, muy seria.

—Necesito hablar contigo. Quiero pedirte perdón. Lo que hice fue una cerdada y no puedo con la

culpa. Quiero explicártelo todo. Escúchame, por favor.

Jaime se acercó a la puerta, rodeando a Elsa con sus brazos y le dijo al oído,

pero

suficientemente alto como para que Esther le oyera:

— *Pitu*, cariño, tengo una idea. Voy a comprar unas pizzas o algo así... Si queréis, podemos cenar

los tres... Esther, te quedas a dormir, ¿verdad?

Elsa pasó del enfado al desconcierto, de éste al enfado de nuevo, pero vio la sonrisa de su chico

y se dio cuenta de que era lo mejor, “de todas, todas”. Así que le sonrió a él y asintió:

—¿Recuerdas dónde hay pizzas? Aquí mismo, en la perpendicular a esta calle —
—Jaime ya

asentía. Claro que lo recordaba. No era la primera vez que venía a verla —.
Trae dos familiares, si

quieres. La de cinco quesos y una barbacoa; era la favorita de Esther. ¿Aún te gusta?

—Sí, aún. No traigas bebidas. He traído un Ribera del pueblo de mis padres. Bueno, no sé si te

gusta, Jaime. Tú eras compañero de Elsa, ¿verdad? —se interesó Esther.

—Me encanta el vino, Esther. Y sí: su compañero de trabajo y quizá de vida...

Jaime le dio dos besos, a modo de presentación. Luego se acercó a Elsa, que lo miraba sonriente,

a la par que sorprendida por sus palabras. Colocó el pulgar y el índice en el mentón de su chica,

acercó su boca a la de ella y la rozó con sus labios. Luego, sujetó el labio

inferior, con los suyos, lo

estiró un poco y finalmente la besó dulcemente.

—Tenemos pendiente la conversación de nuestra vida, cariño. Seguro que podremos hablar sin

interrupciones. ¿Me puedes dejar llaves? Así no os cortaré la conversación cuando llegue con las

pizzas.

Elsa abrió su bolso y le dio las llaves. Se quedó embobada mirando aquel bolso. Era el que tenía

exactamente igual al de su amiga. Era curioso que no se hubiera deshecho de él. A pesar de todo, le

gustaba. Se dio cuenta de que se dejaba llevar por los recuerdos cuando Esther cerró la puerta.

—Perdona... Vamos a la sala. Esto es... Raro.

—Para mí también, cielo. Pero tenía que venir. Mira, lo he pensado mucho. Cuando aún estaba

con Luis le dije que quería hablar contigo, pero él no me dejaba.

—¿Cuándo aún estabas con Luis? ¿Ya no estás con él? —preguntó asombrada Elsa.

—No, ya no estoy con él. Ocurrió... lo mismo que contigo... ¡Joder, es asqueroso, pero me lo

merezco! Luis me había prometido que lo vuestro ya no funcionaba. La primera vez que me tocó, yo

le di una bofetada, pero me dejé envolver por sus estúpidas redes. Me dijo que no estabais bien, que

ya nunca teníais relaciones, que estabais rompiendo. Yo le pedí que esperáramos, pero me

convenció. Soy una imbécil, pero cada vez que me tocaba... Bueno, seguro que sabes a lo que me

refiero. A ti también te engañó.

Esther hablaba deprisa, como si necesitara soltar todo lo que tenía dentro antes de que Elsa

decidiera echarla de su casa. Al fin y al cabo, no sería la primera vez.

—Esther, entiendo lo que te ocurrió. Como dices, también me engañó. Pero no me da pena de ti.

TÚ ME ENGAÑASTE, ¿entiendes? No sólo le perdí a él. ¡También a ti, joder!

Elsa rompió a llorar. Esther también lloraba, abrazándose a sí misma. Así las encontró Jaime al

volver con las pizzas. Las posó sobre la mesita de la sala y se sentó junto a su chica, abrazándola.

—Lo siento —lloró Esther—. No sabes cuánto lo lamento. Me he arrepentido de engañarte todos

los días, desde aquel momento. No tengo excusa, sólo que me dejé enredar por un imbécil. Y hace

una semana me lo encontré en vuestra casa...

—¡SU CASA! Aquella ya no es mi casa —sentenció Elsa.

—Bien: su casa. Lo encontré allí con Laura, mi compañera de la tienda. Los presenté hace un mes

y ya se la ha tirado, coño. Y en la casa en la que vivíamos. Él pensaba

comprar tu parte y nos

casaríamos y... ¡Joder, qué imbécil he sido!

El silencio invadió la sala. Era evidente que Elsa comprendía a su amiga. En otra situación, hasta

la habría consolado. Pero no podía hacerlo. Todo esto la superaba.

—Tengo una idea —dijo Jaime—. Vamos a cenar. Comamos las pizzas y dejemos correr el tema.

Parece que hoy tendremos que aplazar varias conversaciones, ¿no?

—Sí, tienes razón. Mejor cenemos —secundó Elsa—. Saca el vino, rubia. Y tú, abre las pizzas,

Yei. Vamos a pasar un rato tranquilo y disfrutar.

El resto de la noche fue casi perfecta. Ambas sabían que algo se había roto entre ellas, para

siempre. Pero necesitaban comportarse como si todo estuviera bien. Jaime ayudó a que esto

funcionara. Ya entrada la madrugada, se acostaron: Jaime y Elsa, en la cama de ésta. Y Esther, en el

sofá.

Por la mañana, cuando Jaime se levantó, comprobó que Esther se había ido. Había dejado sobre

la mesa una nota en la que expresaba su pesar por la amistad rota y la esperanza de que algún día

todo volviera a ser como antes.

10. – PASOS DE CERO

(Pablo Alborán)

—Buenos días, dormilona —saludó Jaime, besando dulcemente la espalda de Elsa.

—Mmmmmmmmmmmjoooooooooooo, ¿tan pronto? —se lamentó ella.

—¿Pronto? Son las diez menos cuarto y te he preparado el desayuno.
¿Prefieres desayunar en la

cama, en la cocina o en la sala? —le propuso, entre besitos y caricias.

—La cocina estará bien. Sabes que odio desayunar en la cama: todo se cae y es un incordio

mantener derecha la bandejita de las narices. Y en la sala, la postura es incómoda porque la mesa es

muy baja —“medio gruñó” la chica.

—¡Buenooo! Nos hemos despertado un poco enfadadas, ¿no? —Jaime desistió de ser amable y

cariñoso.

—Lo siento, cielo. Enfrentarme de nuevo a Esther es algo que no me apetece nada. Sé que ella

también fue engañada, pero lo que me hizo estuvo mal, coño. Necesito tiempo para asumirlo —le

explicó, aún enfadada.

—Bueno, te vas a librar de la primera parte de todo eso, *Pitu*. Esther se ha ido temprano. Te ha

dejado una carta. Venga, levántate y vamos a desayunar. Como decía la madre de Lucas, si no tomas

el zumo nada más hacerlo, se le van las vitaminas —Jaime salió de allí riéndose, como siempre.

La verdad es que este hombre jamás perdía el buen humor. Siempre le enseñaba a comportarse

con serenidad, asumiendo las cosas poco a poco, según iban viniendo. Admiraba su templanza y su

alegría... además de otras cosas evidentes.

Superando la pereza, se puso la bata y se dirigió a la cocina. Su chico estaba terminando de

preparar la mesa y le alargó la carta de Esther. “Su chico”... ella deseaba que lo fuera. Ahora tenía

claro que lo quería a su lado, en su vida. Le daba igual en Gijón que en Valladolid, pero quería pasar

su vida con él. Porque era quien le daba cariño e ilusión, sin pedir nada a cambio; era quien le

proporcionaba serenidad y pasión; ¡COÑO! Porque le quería. Ahora estaba segura de ello.

Hoy sería el día en el que tendrían esa conversación, tanto tiempo aplazada. Pero Elsa pensó que

era mejor dejarlo para después del desayuno. Desplegó el folio que Esther había doblado con

cuidado y se dispuso a leer la carta. En ella su ex amiga le pedía perdón de nuevo y le mostraba su

deseo de que, con el tiempo, volvieran a recuperar la preciosa amistad que tuvieron. Elsa no pudo

reprimir una lágrima: muy en el fondo, la echaba mucho de menos.

—Venga, vamos a atacar el pan con tomate, leñe —le dijo Jaime, mientras recogía aquella

lágrima con su dedo pulgar.

—Sí. Tengo hambre —le respondió.

Él le pagó con la sonrisa más linda del mundo. La sonrisa de Jaime era... “reparadora”. Y no

sonreía sólo con la boca, sino también con los ojos... Aquellos ojos preciosos, en los que antes no

había querido perderse por miedo a... ¿enamorarse? A los demás podría haberlos mentido, pero a sí

misma no: ella ya estaba enamorada de Jaime. Hasta las trancas. Entre risas y caricias, terminaron el

desayuno. Se dispusieron a recoger, cuando él le dijo:

—Esto es ridículo, Elsa. Tenemos que hablar ya. Mira, he sido muy paciente porque tu corazón

estaba herido. Sabes que siempre he buscado tu bienestar y hasta tu disfrute. No estoy celoso de lo

que tengas con ese compañero, pues te he compartido con Lucas y me encanta. Pero ahora te hablo de

otra cosa: *Pitu*, yo te quiero y quiero estar contigo... Sé que necesitas tiempo, pero podemos estar

juntos y...

—Yo también te quiero. Y quiero estar contigo, cielo —le interrumpió ella.

—...ya lo sé. Sé que tú... ¿QUÉ HAS DICHO? —preguntó alucinando.

—Que te quiero. Que quiero vivir contigo. Aquí o en Valladolid. Que si tú no vienes aquí,

volveré a Valladolid contigo. QUE TE QUIERO, COÑO. Y no deseo estar ni un solo día sin ti —

Jaime la interrumpió para besarla. Bueno, técnicamente, le comió la boca con toda la pasión de que

era capaz.

—Jaime —le cortó ella —. Ni siquiera me he lavado la boca. Espera que...

Pero él volvió a besarla. La cogió entre sus brazos y se la llevó a la cama.

—Anoche no pude hacerte el amor porque tu amiga estaba en casa, pero ahora no podrás impedir

que te haga mía. Te amo y te deseo a partes iguales, cielo.

—Perfecto. Porque me sucede lo mismo.

Jaime y Elsa volvieron a la cama y se entregaron al juego del amor. Esta vez no fue tanto juegos y

disfrute sexual, como siempre hasta ahora, sino más bien hacerse el amor. Se entregaron mutuamente

en cada beso y caricia. Por supuesto disfrutaron de las prácticas que más les gustaban, como era el

sexo oral, pero en el momento de la penetración optaron por el típico misionero, pues deseaban

mirarse, besarse y decirse cuánto se querían.

Después de unas horas de amor y placer, decidieron terminar la conversación, pues quedaba

decidir dónde vivirían a partir de ese momento. Pero no habían hecho más que comenzar a hablar,

cuando sonó el móvil de Elsa. Se quedó blanca y casi le da algo al ver el nombre en la pantalla: Luis.

En cuestión de segundos, como siempre sucede en estos casos, pensó en colgar, pero se decidió

por coger la llamada y poner las cosas claras de una vez por todas.

—Sí —respondió muy seria.

—Cielo...

—No. Te has confundido. Soy Elsa. La mujer a la que pusiste los cuernos. Dime —le cortó ella.

—Perdona, cariño, quería decirte... —intentó continuar él.

—¡Elsa! Te he dicho que me llames Elsa. Todo lo demás, te lo guardas para las mujeres que te

tires en la que fue nuestra cama. ¿Qué cojones quieres? —Curiosamente Elsa hablaba con gran

serenidad. Jaime la miró y sonrió.

—Elsa, cari... Quiero decir... te llamo porque... Tenemos que hablar. Mira, me he dado cuenta

de que te quiero. Te quiero y no puedo vivir sin ti. Fui un estúpido al liarme con tu amiga, pero es

que ella siempre me miraba... —la cara de Elsa iba cambiando del enfado al asombro y hasta tener

que hacer esfuerzos por aguantar la risa. Había puesto el altavoz, con lo que Jaime también oía lo que

Luis decía —. Bueno, lo que quiero decir es que la dejé, Elsa. Está hecha polvo y no sé si te dirá

algo, pero no podía mantener esa farsa por más tiempo. Te quiero y quiero que vuelvas conmigo. De

hecho, te he comprado un anillo, porque quiero que nos casemos.

Elsa y Jaime estallaron en carcajadas, aunque ella tuvo cuidado de tapar el micrófono, para que

Luis no lo oyera.

—¿Elsa? ¿Cariño? ¿Estás ahí? —insistió él.

Elsa recuperó la compostura y se dispuso a responder.

—¡Vaya, *cielo!* —comenzó a exponer, muy lentamente—. Pobre Esther, ¿no? No está mal recibir

lo mismo que tú has dado... Aunque técnicamente debió ser ella quien te engañara con algún amigo

tuyo, para que todo hubiera sido justo.

—No sé a qué te refieres, pero... —intentó explicarse él.

—Déjame hablar, capullo. Ahora me vas a escuchar. Jamás te perdonaré que me engañaras. No

por el hecho de que te acostaras con Esther o con toda mujer que se te ponga a tiro; sino por hacerme

creer que me amabas. Eso sí fue engañarme. Y yo, que estaba ciega, he aprendido lo que es el amor.

Y no precisamente contigo, cabrón de mierda.

—No es necesario insultar. Podemos hablar sin...

—No, no podemos. El día que decidiste que yo no era importante, que no era suficiente para ti,

que era susceptible de ser engañada, ese día me insultaste. Ese día me heriste mucho más de lo que

harías si me llamaras las cosas que yo te estoy llamando a ti. Osaste hacer como que yo no era una

persona valiosa. Y ¿sabes? Valgo mucho más que tú. Porque yo soy grande y puedo hacer cosas por

mí misma. Y ni tú ni nadie puede conmigo. Tú en realidad, menos que nadie. Porque eres un mierda.

—Elsa, te he dicho que...

—Nada. Tú no tienes nada que decirme porque tu palabra no tiene valor para mí. Así que te

callas. Dentro de dos días nos veremos en el despacho de mi abogado, porque voy a poner el piso a

la venta. Si quieres quedarte con él, me pagas mi parte y punto. Si no, puedes irte a la puta calle. ¡Ah!

A partir de ahora, todo lo que quieras decirme, por escrito. Por whatsapp o mail. No tenemos nada

más que hablar: ni ahora, ni nunca.

Elsa colgó. Cogió aire y lo expulsó lentamente. Miró a Jaime, que la observaba con ojos de

alucinado. Entonces, estalló en una carcajada. Él empezó a aplaudir como un poseso.

—¡Joder, *Pitufina!* Esta es mi niña. Estoy tan orgulloso de ti, que no me puedo creer que vaya a

compartir el resto de mi vida contigo —Y acercándose a ella, la levantó, la abrazó y besó su sien—.

Te quiero, Elsa. Tengo mucha suerte de haber encontrado a una mujer tan fuerte y valiente. Una mujer

con todas las letras.

—También te quiero, Jaime. Pero sabes que tú me has infundido serenidad y fortaleza. Doy

gracias a la vida por ponerte en la mía.

EPÍLOGO: I WILL SURVIVE

(Gloria Gaynor)

Elsa y Jaime volvieron a Valladolid, donde vivieron felices, compartiendo el trabajo, los amigos,

las risas y el sexo. Jamás se negaron a incluir situaciones que hicieran disfrutar al otro, siempre y

cuando fueran admitidas por ambos. Y hubo una razón para ello: su relación estuvo basada en la

sinceridad y el respeto mutuo. Por encima, o mejor, como causa del mismo amor.

TRECE

DESEOS

1.- TU LENGUA

Tu lengua me vuelve loca.

Recuerdo la primera vez que la vi, justo cuando nos conocimos. Con esa manía tuya de sonreír,

mientras dejas que tu lengua asome entre tus dientes. En aquel momento supe que la quería probar.

Después de unas pocas horas, me besaste por primera vez. Tus labios eran muy suaves, pero tu

lengua... ¡Ay, tu lengua! Blanda al acariciar la mía, dura al luchar con pasión. Y luego... en el resto

de mi cuerpo.

¿Sabes la sensación ardiente de ser abrasada por ella? Poco a poco, recorriendo cada poro de mi

piel. Intenté buscar en ella el agua que saciara mi sed, pero sólo encontraba calor inmenso y deseo.

Descendió por mis montañas, por mis valles y caminos. Y llegó al lugar exacto, sin mapas y hasta

sin brújula. Tan sólo se guiaba por mis jadeos y gemidos.

Grité justo cuando llegaste, para indicar cuán bienvenido eras a mi hogar, que era el tuyo. Tus

dientes mordisquearon y tus labios lo besaron; tu lengua lamió y luchó hasta que consiguió su

objetivo. Tú querías mi humedad y te regalé un tsunami, que bañó tu cara, tu boca, tu lengua... La

culpable de todo, ella.

De nuevo recorrió mi cuerpo, lamiendo y haciendo cosquillas. Deseando llegar a mi boca, que ya

esperaba ansiosa. Nos besamos, nos lamimos, nos acariciamos..., adorando compartir en un beso,

los fluidos de nuestro deseo.

Y de nuevo, miro tu lengua, que se asoma entre tus dientes. Y sonríes... Y me matas...

Eres malo. Y lo sabes.

2.- MASTURBACIÓN

Desperté como cada día, imaginándote en mi entrepierna. Donde querías dormir, donde deseo

tenerte.

Acerqué mi mano a tu cabeza, para acariciar tu pelo, imaginando que estabas, pero era sólo mi

sexo.

Necesité separar mis piernas, arquear la espalda, y meter mis dedos. Ahí te encanta entrar, donde

te sientes en casa. Introduje mis dedos entre mis labios y resbalaron hacia el interior.

Ardía. Estaba caliente. Tan caliente como desearías tocarlo.

Mojado. Tan húmedo como te gustaría degustarlo.

Traje mis dedos a la boca. Los lamí con desespero. Hummm... mi coño salado. Salado, cálido y

espeso, como tú querías saborearlo.

Y olerlos. Te encantaría olerlos. Notar mi aroma a hembra en celo, como morirías por olfatearlo.

Tu ausencia abrasaba y debí continuar tocándome y retorciéndome. Necesitaba sentirte, notar tu

peso y volumen, tu cuerpo frotándose con el mío, tus manos recorriéndome por completo, tu boca

devorándome. Sentí tus dientes mordiéndome, tus labios absorbiéndome, tu lengua lamiéndome.

Y finalmente grité al correrme, al derramarme en ti, al empapar mi mano.

Y mis pezones estaban duros al correrme. Justo como me habías advertido.

3.- HELADO DE CHOCOLATE

Emulando al niño inquieto que adora realizar sus travesuras, me sonreíste, con tus bigotes de

chocolate. Un calambre interno descargó en mis entrañas, transmitiéndome la necesidad vital de

lamer las apetitosas manchas dulces que delineaban tu boca. Te miré embelesada.

Como ajeno a los sentimientos de hambre que produces en mí, abriste más la boca, introduciendo

la completa magnitud del helado dentro de ella. Cerraste los ojos al hacerlo e, incluso, gemiste

suavemente. ¡Eres un provocador!

Al extraer el dulce de tu boca, maliciosamente despacio, acomodaste su contorno al dulce, con

una precisión milimétrica. Tus labios se tensaron, ajustándose al tamaño exacto del objeto que

recubrían y, de nuevo, me miraste sonriendo goloso.

—Me encanta el helado de chocolate —dijiste sencillamente.

Y ya no pude esperar más. Te quité el dulce de las manos, depositándolo en el plato. Empujé la

mesa hacia adelante, para conseguir más espacio. Tus manos habían quedado levantadas en señal de

rendición indicando que, a pesar de no comprender mis intenciones, no te quedarías al margen, sino

que aceptarías sumiso mis decisiones.

Y entonces, te monté.

Me senté sobre ti a horcajadas, colocando tus manos en mis caderas. Sonreías, sin dejar de

mirarme a los ojos. Tu boca, esta vez cerrada, dulcemente contorneada de cacao, comenzó a abrirse

dejando asomarse a tu preciosa lengua, la cual llevaba el cometido de relamerme.

—Ni lo pienses, siquiera. ¡Es míooooooooo! Mi tessssssssssssssssorooooooooo...

Acerqué a ti mi propia boca, sacando mi lengua muy despacio, presta a lamer los restos del

delicioso postre. Empezando por el labio inferior, donde de hecho estaba anclada la mayor parte de

la mancha.

Quizá por facilitarme la tarea, o puede que para demostrar tu deseo, colocaste tus labios en forma

de beso.

—No, quieto. No los muevas. Sonríe de nuevo.

Y tú, como siempre, obedeciste. Como tu superiora, sólo debo marcar las pautas. Como mi

sumiso, siempre acatas mis caprichos.

Lamí gustosa tu otro labio, para luego tomar el helado de nuevo.

—Termínalo. Es tuyo —ordené.

Y lo devoraste con ansia. Me perdí en la palanca que se formaba entre tu lengua y los dientes, con

el fin de cortar las últimas lascas de la deliciosa cobertura. De nuevo, tu sonrisa, mientras

masticabas.

Y una vez más tus labios presionaron el dulce cilindro que restaba alrededor del palo de madera.

En dos o tres chupadas más, cual felación perfecta, lo depositaste pulcro sobre el plato.

—Ahora sí. Une tus labios en un beso.

No obstante, no te besé. Devoré tu boca al fin. Chupé tus labios, los lamí, jugué con ellos y

extraje los últimos restos dulces que quedaban en tu piel.

Tus manos volvieron a mis caderas, animándome a moverme al ritmo de mis bocados. ¡Ay, mi

loco desobediente! Aquí soy yo quien manda, ¿recuerdas? Por lo que me levanté.

—Vamos a mi casa, ven —ordené.

—Sí, *mi jefa*. —Adoras llamarme así.

No hay collar que te sujete. Ni cuerda o cadena que te ate a mí. Pero cuando yo mando, tú manso,

obedeces. Así me gusta. Así te encanta.

4.- LOCO DESEO

Juan llegó a casa, se cambió de ropa y se puso un vaquero y camiseta blanca. Él sabía que el

efecto de la camiseta blanca en su cuerpo era impresionante.

Juan no hacía demasiado deporte. Si acaso, salía a correr una vez por semana. Detestaba el

gimnasio, de modo que nunca iba. Pero tenía un cuerpo de infarto. Miró por enésima vez el móvil, a

ver si tenía algún mensaje de Sara.

Recordó la primera vez que se había fijado en ella. Estaba mirando la etiqueta de un paquete de

macarrones, cuando sintió que un carro lo golpeaba.

—¡Joder! —exclamó enfadado.

—Lo siento. Perdona. Yo... —comenzó a explicarse Sara, totalmente avergonzada— Estaba

leyendo la lista de la compra y no te he visto.

—Normal. No se puede leer y conducir a la vez. Deberían quitarte varios puntos del carné —

resolvió Juan, con humor —. Me llamo Juan.

—Soy Sara. Repito que lo siento mucho. ¿Estás bien? —adelantó la mano en un saludo

políticamente correcto.

—Claro, no ha sido nada —Juan tiró suavemente de su mano hasta acercarla a él. Entonces la

besó en ambas mejillas. Sara habría jurado que ralentizó demasiado los besos. Y se acercó

extrañamente a su boca...

Seguro que eran figuraciones suyas. Desde que había cumplido los cincuenta, Sara tenía esas

ideas tan raras... Eso decía su marido... Le parecía que los hombres la miraban. Incluso algunos tan

jóvenes que podrían ser sus hijos. De hecho, éste era el caso: Juan tendría pocos años más que su

hijo Andrés.

—¿Estás bien? —oyó que le preguntaba Juan.

—¿Eh? Sí, perdona. Estaba... pensando en algo importante... Lo siento, debo seguir con la

compra.

—¿Nos vemos por... ahí? —preguntó él a modo de despedida.

—Claro. Yo vengo todas las semanas. Hasta luego —Sara se encaminó a la línea de cajas. Sabía

que debía irse cuanto antes. Aunque no tuviera todo lo que necesitaba. Todo eso que había

comenzado a sentir, a pensar... no podía ser bueno. Mejor irse.

Sara observó su figura en el espejo. Últimamente se miraba mucho así, desnuda. Su cuerpo

mostraba los efectos de la edad y la maternidad. Tocó la pequeña cicatriz, un par de centímetros por

encima de su vello púbico. Acarició despacio sus pechos: eran grandes, pero no demasiado caídos.

Cerró los ojos e imaginó... Enseguida oyó la puerta. Se puso una enorme camisola que usaba para

estar en casa y acudió a la cocina, a preparar la cena.

Después de cenar se conectó a internet. Buscó casi desesperada, por si había una respuesta en el

privado de facebook. Tenían los horarios cambiados, pero siempre se saludaban por la mañana o por

la noche. Poquísimas veces coincidían.

Ella fantaseaba cada noche... Lo malo es que le daba demasiadas vueltas a la cabeza. Su

conciencia era implacable: Él podría ser su hijo. No era sólo que soñara con un hombre que no era

su marido. Lo peor, muchísimo peor en realidad, era que tenía cinco o seis años más que su hijo

mayor.

Pero si algo había aprendido Sara en todos estos años, es que al deseo no se le puede retener:

siempre se escapa. Entre tanto, buscaba sus mensajes cada día y cada noche.

Aunque lo mejor seguía siendo los martes, en el supermercado. Esas miradas,

esas sonrisas, los

saludos... Al principio sólo eso... Después se dieron las cuentas de facebook para poder chatear...

Aquel día, Sara iba muy cargada con la compra. Se dirigió al aparcamiento cuando Juan se

acercó y le ayudó con las bolsas.

—Vaya, muchas gracias.

Entonces todo ocurrió muy rápido: al cerrar la puerta del coche, ya con las bolsas dentro, él la

besó. Más que besarla, le comió la boca. Sara abrió mucho los ojos, como si fuera a... pero no: se

dejó besar. Labios ansiosos, lengua osada que invadía su propia boca, dientes que mordían sin

dañar... Aquellas respiraciones...

De repente, él se apartó.

Tremendamente enfadada, quizá no tanto porque la hubiera besado, cuanto porque parara, Sara

levantó la mano, como si fuera a abofetearle. Pero no fue así; le agarró del cuello y esa vez, fue ella

quien devoró la boca de Juan.

Colocando las manos tras su espalda, consiguió abrir el coche y ambos se dejaron caer dentro, en

el asiento trasero. Aquellas manos, locas de pasión y deseo... sus

respiraciones que ya eran

jadeos... Y sus manos... No daban abasto a tocar, a abarcar, a amasar y a acariciar...

Sara abrió los ojos y vio una persona que entraba en el coche de al lado.
¿Pero qué coño estaban

haciendo? En pleno aparcamiento del centro comercial, a la vista de todo el mundo...

—¡Espera, espera, espera, Juan! —Se incorporó, como pudo. Arregló un poco su ropa.

—Pero Sara... —Entonces se dio cuenta— ¡Joder!, perdona. Me he dejado llevar como un

imbécil. Lo siento. —Se sentó a su lado.

—No te preocupes. Los dos estamos “agilipollaos”. Comportarnos así, como unos

quincañeros... Ya nos queda un poco lejos esa época... —se lamentó ella, totalmente avergonzada.

—A ti más que a mí, ¿no? —bromeó él.

Sara cambió totalmente el gesto.

—Debo irme. Me esperan en casa —le dijo, zanjando la conversación y el momento.

—¡Hey, no te mosquees! Era una broma. ¿Qué te pasa? ¿No llevas bien lo de la edad? —le dijo

sujetándola del mentón con su mano —Sara, venga. Pero si a mí me pone mucho que seas una mujer

madura. Creo que es lo que más me gusta de ti. Si a ti te gusta y a mí me

gustas, ¿Dónde está el
problema?

—¡Déjalo, Juan! Debo irme —reiteró ella, saliendo del coche y entrando en
el asiento del
conductor.

—Espera, dame al menos tu whatsapp. Quiero chatear contigo —insistió él,
sujetando la puerta.

—No puedo. Mira, búscame en facebook, si quieres: Sara Ortega Vega. Suelo
conectarme por las
noches, cuando todos se acuestan. —Cerró la puerta y arrancó.

—Sara Ortega Vega. Sara Ortega Vega. Sara Ortega Vega —repitió él varias
veces, mientras

sacaba su móvil y lo apuntaba. El coche de Sara salió del aparcamiento y se
perdió en dirección al
puerto.

Se sentó al ordenador y encendió facebook. Ella no estaba conectada. Muchas
noches no entraba.

De todos modos, encontró un par de preguntas que le había dejado por la
mañana. Respondió sin

muchas esperanzas de comenzar una conversación. Entonces vio la lucecita
verde, que le indicaba

que ella estaba ahí.

—Buenas noches, dulce Sara.

—Muy lindas noches, Don Juan.

Casi cada noche se saludaban así. Siempre las mismas fórmulas. Sonreían al leerlo. Les

encantaban esas conversaciones tan íntimas y privadas por la red social. Poco a poco, habían ido

conociéndose, compartiendo sus vidas, sus ilusiones, sus gustos y aficiones. También se contaban los

problemas, las carencias, los agobios...

Juan era el hombro en el que Sara se apoyaba cada noche, el amigo a quien confiaba sus secretos

y la ilusión de seguir adelante cada día. Sara era una fantasía inalcanzable, para él. Era pasión,

deseo, auténtica lujuria. La apreciaba mucho como amiga, pero sobre todo, la deseaba. Las pocas

veces que la había besado, se encendía como una mecha untada en aceite. Sus manos habían

recorrido su cuerpo con ansia y ganas de poseerla, de follarla. Se lo había dicho varias veces:

—Sara, te deseo. Quiero follar contigo.

—¡Joderrrrr! —ella siempre exclamaba lo mismo cuando estaba caliente. Y él la ponía siempre a

mil.

Pero Sara siempre tenía sus fantasmas, su conciencia... Las normas sociales, su marido, su

vida... A veces Juan se enfadaba con ella. Le decía que eran unos hipócritas,

que ambos eran dos

hijos de puta que soñaban con acostarse juntos y nada más. Ella solía poner alguna excusa para

acabar las conversaciones, cuando esto ocurría. Juan desaparecía unos días y luego volvía. Y

siempre el mismo deseo, las mismas ganas de tener sexo. A menudo pensaban qué ocurriría si lo

tuvieran. ¿Se acabaría la amistad? ¿Había amistad entre ellos?

Aquel martes él no estaba en el súper. Lo buscó en todas las secciones, pero no estaba. Tenía que

irse ya. No podía retrasarse. Su marido marchaba de viaje al día siguiente y debía ultimar la maleta.

Salió al aparcamiento, cargada como siempre y de repente lo vio. Apoyado en el coche de Sara,

con una rosa en la mano.

—Hoy no te me escapas. Es nuestro “mesiversario”. Mañana hará 3 meses que nos conocemos y

quiero que vayamos a tomar algo para celebrarlo.

—No puedo, Juan. Lo siento —se disculpó Sara por enésima vez.

—¡Joder! Siempre igual. No puedo, no puedo. ¿Cuándo vas a admitir esto? ¿Cuándo vas a tener

valor para asumir que me deseas y que quieres acostarte conmigo? —le recriminó, enfadado.

—Te deseo, Juan. Deseo acostarme contigo. Pero yo tengo una vida. Una familia y... —le

respondió enfadada.

—¿Y un marido? ¿Alguien a quien quieres por rutina, por tradición? Reconoce que no lo amas,

Sara. Sé infiel a tu marido por ser fiel a tus ideas, ¡coño!

—Yo jamás he estado con otro hombre. No podría...

—¡Una polla! Mira, déjalo. Todo esto es un error. ¡Me largo!

Juan subió a su coche y arrancó. Sara se quedó mirando... bajó la vista, metió las bolsas al

maletero y volvió a casa.

Por la noche, al acabar de preparar la maleta para su marido, entró un momento a facebook. Juan

no estaba conectado. Escribió un mensaje:

“Lo siento. Sí quiero estar contigo. Llámame mañana, por favor. 679 989590”

5.- AMANTE PROHIBIDA

Que nunca nadie sepa mis deseos más ardientes. Y que todo el mundo crea que mi amor es para

él. Porque sólo tú sabrás que eres el objeto de mis más tórridos sueños. Porque despierta o dormida,

siempre habitas en mi mente.

Sentirán que mi cuerpo tiembla con sus caricias y sus palabras, que sus besos me transportan a

lugares maravillosos. Pero tú sabrás que eres quien me hace suspirar, que es tu cuerpo el que deseo

cada noche.

Quiero hacerte prisionera de mis besos, como yo soy de los tuyos. Colarme, osada, en tus sueños,

pues tú siempre habitas en los míos. Deseo tocarte, besarte, acariciarte y devorarte, escucharte pedir

más.

Y si todo esto es prohibido, yo me saltaré las normas. Pues anhelo que me ames como yo lo hago

contigo. Y aunque seguiré callando mis ganas de ti, al oído te las gritaré, donde sólo tú me escuchas y

me entiendes.

6.- LAVAR LOS PLATOS

Y como el lavavajillas está averiado, me dispongo a fregar a mano. Nunca me ha molestado

hacerlo, la verdad. El problema es que habitualmente no tengo ese tiempo. Y debo dejar que una

máquina A +++ se ocupe de esa tarea.

Pero hoy me toca a mí. Y me gusta la idea, la verdad. Así que me coloco un delantal verde oscuro

(francamente es horrible. Tan grande y oscuro) y comienzo mi labor.

Me encanta dejar las manos dentro del chorro, sintiendo la fuerza del agua sobre el dorso,

mientras voy comprobando el cambio de temperatura y me pruebo a ver hasta donde soy capaz de

soportar. Muy quieta. Con los ojos cerrados.

Ni siquiera oigo cuando se abre la puerta de la cocina, tan concentrada estoy en el sonido

constante y aburrido del chorro sobre mi piel. El agua, tan caliente ya que pronto deberé apartar mi

mano, si no quiero sufrir una abrasión. Observo la piel, ardiente y extremadamente colorada. Y

vuelvo a cerrar los ojos, para poder sentir el leve dolor que la temperatura produce en mi epidermis.

Entonces noto el cambio de temperatura. Pero no en las manos. Es en la espalda: el aire que se

introdujo en la cocina cuando tú entraste y que se pega a mi cuerpo. Ni siquiera puedo volverme para

ver de dónde procede, cuando noto tu pecho en mi espalda. Tus brazos me rodean y giro levemente

mi cara para comprobar quién eres y tú tapas mis ojos con tu mano. Aspiro con idea de reconocer tu

aroma, pero no lo identifico. Retiras tu mano susurrando: —Ni se te ocurra abrir los ojos aún. Quizá

más tarde.

—Nooo... ¿Por qué? —me quejo al notar que has girado el mando del grifo.

El agua templada es puro hielo en mi piel ahora.

—Chsssst... Tu piel. Casi tienes quemadura —susurras—. Yo te haré arder.

Tus manos me atrapan y tu cuerpo me inmoviliza.

—¿Quién eres? —interrogo. Sigo sin abrir los ojos y el aroma de tu perfume no me ha aclarado

demasiado. Los susurros tampoco han disipado mis dudas.

—¿Qué más da? Prefieres no saberlo; confiésalo.

Y sigo fregando. Palpo el borde de la fregadera hasta encontrar el esparto. Debo pulsar varias

veces el dosificador de detergente, hasta que al fin consigo atinar, para continuar mi tarea. Y cojo un

vaso.

Al principio sólo friego el borde, mientras tú soplas cerca de mi oído. Tu cuerpo aprisiona el

mío para limitar mis movimientos. Y tus manos sólo tocan mis brazos y mis caderas.

—¿Por qué no las metes debajo del delantal? —te interrogo, ansiosa. No me he dado cuenta de

que he introducido mi mano en el vaso, al decirlo.

Pero tú no respondes. Seguro que sonrías. Si eres quien yo sospecho, siempre te ríes de mis

gananas.

—Sigue hablando. Y fregando. Me gusta escucharte. Y mirarte. —Tu voz grave me vuelve loca.

Pero ¿quién diablos eres?

—¡Ni lo intentes! Si quieres que siga, ni se te ocurra abrir los ojos —

amenazas.

Y yo vuelvo la cabeza al frente. A un plato, esta vez. Con los ojos cerrados y deseando...

Te separas de mí y mi gesto se vuelve ansioso, buscándote.

—No se preocupe, no me voy. Siga fregando, por favor.

Esta vez tu susurro ha sido tan suave que me costó mucho oírte. Sin embargo, pude apreciar que

me trataste de usted. Eso no me gusta; aporta “lejanía” al trato y me pone nerviosa.

—No me gusta que me trates de usted.

—Lo haré si busca el placer fácil, tan típico de las mujeres maduras. Cualquiera puede echarle

un polvo, pero eso no será lo mismo que yo puedo darle.

Ahora tengo claro quién eres.

Sigo fregando. Y sonriendo.

7.- ESAS MANOS

Entré en la sala grande y observé una mesa alargada, perfectamente preparada. De hecho, mucha

gente ya estaba sentada, a pesar de que faltaban unos minutos para que comenzara la comida. Busqué

el cartelito con mi nombre y lo vi cerca de una de las cabeceras. Me acerqué y comprobé que

conocía a la mujer de mi derecha: era Lucía, una compañera del departamento de administración de

la empresa. No había visto antes al caballero de mi izquierda. Y aún no se había sentado nadie

enfrente de mi sitio. Saludé a la mujer, con quien había coincidido en uno de los talleres de la

mañana. El hombre se presentó: —Encantado. Mi nombre es Javier. Creo que no nos conocemos. —

Tendió su mano para apretar la mía en un saludo formal. En este simposio todos eran excesivamente

formales, para mi gusto.

—Hola, Javier. Mi nombre es Marta. Encantada. —Correspondí a su saludo y ambos nos

sentamos.

Saludé sonriendo a las personas de alrededor, quienes correspondieron a mis palabras o gestos.

Y en ese momento llegaste. Agitado —habías subido las escaleras corriendo — y algo colorado,

dejaste tu cartera colgada del respaldo de la silla. Saludaste a los comensales de tu izquierda y tu

derecha y me miraste.

La respiración se congeló en mi garganta. Sabía que estarías allí, pero no esperaba verte

justamente en ese momento. No sabía qué hacer: cómo reaccionar o comportarme. Se nos olvidó

comentar ese tema.

Tú lo resolviste con naturalidad.

Alargaste tu mano, alcanzando la mía y te presentaste: —Hola. Creo que no nos conocemos. Soy

Héctor.

Mi mano se encontró con la tuya y la reconoció por su tacto. Por su temperatura y suavidad.

Incorporándome levemente, sujeté esa mano, algo más del tiempo que sería normal. Aproveché

para responder: —¿Qué tal? Soy Marta. Encantada de conocerte, Héctor.

Sonreíste y tuve que soltar tu mano. No me quedaban motivos para seguir aquel maravilloso

contacto.

Esas manos. ¡Bufff!

La comida comenzó. Evidentemente las conversaciones giraban todas en torno al simposio. Los

temas eran de lo más variado y, aunque adoraba mi trabajo y todo lo que tuviera que ver con él, en

aquel momento no podía concentrarme en nada que no fuera la noche anterior.

—¿Estás bien? —preguntó Lucía.

—¿Ehm? Sí, sí, no te preocupes. Es sólo que anoche apenas dormí.

—¿Estabas nerviosa por el simposio? —interveniste. Yo creí marearme. Suerte que continuaste

hablando—. Tu conferencia ha sido fantástica. Me habría gustado hacerte alguna pregunta, pero nos

habíamos ido de hora.

—Gracias, Héctor. Celebro que te haya gustado. —Aguantar tu mirada y tu sonrisa sí que era

como para nota, pero lo estaba logrando—. Y no, no estaba nerviosa por la ponencia. A veces surgen

cosas que nos apartan del sueño... nada más —continué—. De todos modos, si lo deseas, podemos

discutir sobre esos puntos, cuando quieras.

—Será un verdadero placer. —Tú siempre respondías rápidamente—. Tomé nota de tu mail, de

modo que me pondré en contacto contigo. —Comenzaste a comer.

Fue ahí cuando volví mi atención a tus manos. Esas manos que me habían acariciado sólo unas

horas antes.

—¿Cuándo volverás a Santiago? —Me trajiste de vuelta a la tierra.

—Aún no lo sé, la verdad. Siempre depende del trabajo —respondí.

Los demás hacían incisos en nuestra conversación. Javier no había ido a mi ponencia, pero le

interesaron los temas que se colocaron sobre la mesa, entre canapés y pinchos.

Y mi atención no lograba separarse de tus manos. Tan blancas, grandes y firmes. Con esos dedos

gruesos, que hacen juego conmigo, no sólo porque estoy gorda, sino porque conocen cada centímetro

de mi cuerpo. Nadie como ellos para llevarlo a ebullición. Ningunas otras en el mundo son capaces,

como lo son tus manos, de explorar mis rincones. No las hay que sepan adorar mis pechos, pero

también mis michelines o cicatrices. Nadie puede, como tú, acariciar mis nalgas o masturbar mi sexo.

Esas manos.

Una llamada de teléfono me trajo de nuevo a la realidad. Y en ese momento, vi que no estabas.

Curiosamente, no supe cuándo te habías levantado.

En la pantalla, escrito: “Número desconocido”.

¡Qué raro! No suelo hacerlo, pero imaginé que podría ser algo especial, diferente...

—Perdón, debo responder. Es muy importante —me excusé.

Separándome de los demás, cogí la llamada.

—¿Sí?

—Soy yo —respondiste.

—¿Dónde estás? ¿Qué ocurre? —cuestioné, preocupada.

—Estoy bien. Sólo he salido al baño. No dejo de pensar en... anoche. — Podía escucharte jadear.

—¿Te estás... tocando? —pregunté nerviosa.

—No, Marta. Me estoy masturbando.

Gemí.

—Yo estaba pensando en lo mismo. No dejo de recordar que hace unas horas estabas en mi cama

y ahora... Es difícil aparentar que no te conozco.

—¡Ven!

No era una sugerencia.

—¿Cómo voy a...?

—No lo sé. Invéntate algo —me interrumpiste—. Ven. Te deseo.

—¡Voy! —obedecí.

Me acerqué de nuevo a la mesa y me disculpé:

—Perdonadme. Ha surgido algo —mentí—. Intentaré volver enseguida, pero no sé cuánto voy a

tardar. ¡Ah, disculpadme con Héctor!

—No te preocupes —dijo Javier—. Espero que no sea nada malo.

—¿Puedo hacer algo, Marta? —preguntó Lucía.

—No, no te preocupes. Seguid comiendo. Seguro que no será nada importante, pero debo ir...

Salí del comedor.

No sabía dónde ir, de modo que me dirigí a los servicios.

El móvil sonó de nuevo.

—Sube a tu habitación. Te espero.

Colgaste.

Nunca un elevador había tardado tanto en subir cinco pisos. En el trayecto me dio tiempo a

visualizar de nuevo tus manos, abarcando mi cuerpo. Tuve que tocarme.

Acaricié mis pechos por encima de la blusa. Suerte que no cogí el ascensor de la plaza,

acristalado y panorámico. Preferí el opaco del ala sur, así nadie podría verme.

Cuando llegué a la quinta planta, comprobé que me esperabas en la puerta de la habitación. Saqué

la tarjeta llave y la metí en la ranura, a la vez que tú gemiste. Te besé.

Tu boca devorando la mía, hizo que no pudiera pensar. Con lo que tuviste que abrir tú la puerta.

Entramos y cerraste de un portazo.

Los botones de mi blusa ya estaban desabrochados. Tu pantalón también.

—Anoche adoré tu cuerpo con lentitud y pasión. Ahora te follaré con deseo y premura, cielo. Me

tienes loco.

Levantaste mi falda y me recosté en la cama. Separé mis piernas y me penetraste.

Y tus manos se enredaron con las mías.

Tú y yo follamos como locos.

Ellas no. Ellas hicieron el amor.

Nosotros nos corrimos en tres minutos. Ellas se acariciaron, se besaron. Se masturbaron, se

penetraron. Se aferraron y se separaron.

Todo ocurrió demasiado rápido, la verdad.

Te vestiste y bajaste otra vez al comedor. Yo tardé casi media hora en volver.

Al llegar, pedí perdón de nuevo. Aduje una excusa estúpida sobre no sé qué conflicto en casa y

me senté.

—¡Es fantástico que hayas vuelto! Justo a tiempo para los postres —dijiste.

—Sí, así es.

La comida terminó y volvimos al salón de actos. Otro par de ponencias en las que no coincidí

contigo.

Por la tarde recogí todo para acudir al aeropuerto. Justo antes de coger el avión recibí tu mail:

“Estimada Marta:

Como le comenté en la comida, han quedado varias dudas sobre su proyecto que me gustaría

discutir con usted.

Por esta razón, querría concretar una reunión, si fuera posible, para dentro de dos semanas.

Necesito saber si usted podría viajar a Santiago o yo viajaría a Madrid, para vernos.

Quedo a la espera de su respuesta.

Muchas gracias por todo:

Héctor Rozas, director ejecutivo de Hectisa.”

Dos semanas. Nada más.

Respondería al mail enseguida. Daba igual el lugar.

En dos semanas tendría de nuevo tus manos en mi cuerpo.

Esas manos.

8.- PROVOCACIÓN CREATIVA

Soñando una siesta sobre la verde campiña, al pie del tronco de un frondoso alcornoque, en el

solitario bosque, arrullados por el ronroneo del agua del riachuelo que riega las raíces del frondoso

árbol. Salvaje, desnuda, libre naturaleza. ¿Cómo fundirse con ella?

El sueño se torna real cuando tu mano rodea mi cintura. No me quiero despertar, me siento tan

bien así... Me propones mojarnos los pies en el agua y me gusta la idea. Notar el frescor, fantástico

contraste con el calor que despiden nuestros cuerpos. Nos deseamos.

El agua fría en tus pies hace que te estremezcas y la piel de tus piernas se erice, yo introduzco

mis manos debajo de tu falda y recorro suavemente tus muslos para que vuelvan a entrar en calor. Me

arriesgo y voy subiendo hasta encontrarme con la cálida zona y los tersos glúteos, todo cubierto por

la suave tela de unas braguitas blancas... En mi entrepierna se despierta con dura contundencia el

deseo, reprimido en su habitáculo. Levanto la vista y veo que unos tersos pezones se marcan

orgullosos debajo de tu blusa.... El lecho de suave sábana de verde hierba espera nuestros cuerpos

desnudos al pie del centenario tronco...

Me tumbas en la mullida hierba y te acuestas a mi lado.

—Quítame la ropa —te pido.

Pero tú no me obedeces: sólo sonrías. Siempre te gusta llevar la iniciativa. Tú decides. Vuelves a

introducir tus manos bajo mi falda y me quitas las braguitas. Acercas tus dedos a mi sonrisa, así la

llamas. Acaricias mis labios ya húmedos, mientras sonrías. Me miras a los ojos y veo el deseo en los

tuyos. Quiero tus dedos ya dentro, pero te encanta prolongar mis ansias y mis ganas de sexo.

Perpendicular a tu cuerpo, me sitúo de rodillas, quitándote el pantalón y el bóxer. Posees acceso

directo a mi coño y decides tocarlo desde detrás. ¡Dios!, me encanta eso. Acerco tu polla a mi boca y

la meto hasta adentro. Escucho tu jadeo. Lo adoro... La lleno de saliva para poder manejarla mejor.

La amaso, la masturbo, la masajeo de arriba a abajo. Alterno las manos con mi boca y a ti te puede el

deseo. Metes tres dedos en mi interior y los mueves frenéticamente. Ambos estamos desbocados.

Te tumbo y termino de desnudarme. Estoy tan mojada... pero ahora quiero galoparte. Tu polla

erecta, mi coño empapado, entra de un solo empujón, hasta el fondo. La noto tocar mis vísceras y no

dudo en contraer las paredes internas de mi vagina. Tú gimes. Te la atrapo, la abrazo, la aprisiono, te

encanta esto... Y de repente, acelero el ritmo. Cabalgo cual amazona en su montura, a pelo,

desbocada, ya no me importa sujetar las riendas, por lo que eres tú quien las lleva, colocando tus

manos en mis pechos. Amasas mis enormes tetas, las acaricias, las masajeas... Te vuelven loco mis

duros pezones, que hace un rato amenazaban con desgarrar mi blusa. Ya no me muevo: cabalgo; ya no

gimo: grito; ya no te hago el amor: te follo como una perra en celo. Desinhibida, sin complejos ni

temores. No hay edad, ni físico. No hay familias, ni formas sociales. Ni trabajo, ni amigos, ni

enemigos, ya no hay nadie. Solos tú y yo en este tiempo y espacio. Y me derramo en ti. Me corro,

dejándome caer sobre tu cuerpo. Presa de tus caricias, de tus abrazos, de tus besos.

9.- EROTIONDA

Iria conectó el ordenador y se sentó ante la pantalla. Eran las diez de la noche y estaba a punto de

comenzar su programa de radio digital favorito: “Relatos de una noche de

verano”. Nel comenzaría

en un par de minutos con su declamación de los relatos que le enviaban los oyentes. Al fin se había

atrevido a enviar su texto. Le había costado mucho tomar la decisión.

Lo había escrito hacía dos semanas, después de escuchar el programa. Oírle a él, a su adorado

Nel, declamar semejante relato había sido más de lo que nunca habría llegado a pensar. Lo había

enviado “una oyente de Santander”, creyó escuchar. Era tan caliente... Y él era tan maravilloso...

Nadie podría sospechar que Iria estaba secretamente colgada de Nel, el locutor del programa. Le

deseaba de una manera atroz, desbordada, casi irracional. Cada semana, al acabar el mismo, ella se

acostaba e intentaba visualizar lo que había escuchado. Él se acostaba con ella, en su misma cama, y

le decía aquellas cosas al oído. A Iria le gustaba mucho cuando él usaba aquel lenguaje tan sucio.

Ella quería vivir esas cosas con él.

De modo que lo había escrito. Pero al principio, no se atrevía a enviarlo. Hasta que escuchó que

podría hacerlo anónimamente. Entonces buscó un pseudónimo: “Erotionda”. Le envió el texto por

mail y esperó.

Y allí se encontraba, vestida sólo con su camisón verde y la preciosa tanga de

seda. Comenzó la

sintonía del programa, “Claro de Luna” de Debussy. Iria adoraba esa música. Entonces oyó su voz.

Cerró los ojos y acercó sus manos a sus senos. Aspiró profundamente y lo visualizó a su lado, allí, en

su sofá azul...

Nel leía un texto tras otro, a cada cual más bello. Algunos, románticos. Otros, eróticos. Uno, muy

divertido. Volvió a leer algo de aquella autora de Santander. Le gustaba cómo escribía esa chica. Nel

la declamaba con tal sentimiento que a Iria le tocaba las más íntimas fibras.

Al cabo de un ratito, comenzó la sesión anónima.

Y sucedió; Nel la nombró:

—El siguiente texto nos lo envía Erotionda. Quiero decir que me gustó especialmente y voy a

intentar leerlo de manera que ella le imagine a su lado, que lo sienta... Dice así:

“Sentir tus manos.

Notar cada uno de tus dedos recorriendo todo mi cuerpo.

Visualizarlos descendiendo por mis piernas, hasta llegar a mis pies.

Tu masaje...

Sentir tus labios.

Ser besada en la sien, en la mejilla, en el cuello, en el hombro...

El descender de tu boca por mi costado, por mi cadera...

Escuchar tus besos...

Cierro los ojos.

Ahora te escucho.

Susurras detrás de mí, a mi espalda.

Como un ladrón has llegado y te has llevado toda mi atención, todos mis deseos, todas mis

pasiones.

Sólo quiero ser poseída por ti, pertenecerte en este acto de entrega total.

Te deseo.”

>>Inmensa, Erotionda —continuó Nel—. Gracias por tus palabras. Espero que me vuelvas a

enviar otros textos. Lo deseo...

En estas últimas palabras, arrastró la voz. Le hablaba directamente a ella.

Iria se tocó durante toda la declamación. Exactamente aquellas partes del cuerpo que él

nombraba. Aquellas que había querido escucharle nombrar, de momento.

Después, acercó su mano a la entrepierna e introdujo dos dedos entre sus labios vaginales.

Estaba muy mojada. Buscó aquel botón tan duro y erizado que le proporcionara placer. Hoy lo

necesitaba fuerte y rápido. El tiempo de lento y lleno de amor estaba totalmente fuera de lugar.

El orgasmo llegó enseguida e Iria apagó el ordenador. El programa había terminado. Quería

dormir. Dormir entre sus brazos. En los de Nel, en los de su adorado locutor de radio.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos de sol traspasando las cortinas de la ventana, Iria

abrió los ojos, desperezándose bajo el edredón nórdico, tan calentita. Era sábado y se presentaba un

fin de semana de relax. ¡Qué temprano era!

Sin ganas de salir de la cama, por su mente rondó la voz de Nel declamando aquel poema que

tanto placer le proporcionó en su cálido encuentro etéreo. Juntó las rodillas y apretó los muslos,

recordando aquel eléctrico orgasmo que alivió de sus entrañas.

Tras un momento pensativa, tomó el smartphone que estaba en carga y lo desenchufó. Estaba muy

caliente y rápidamente busco el podcast del programa que ya estaba accesible para su descarga.

Iria desplegó su sonrisa más pícaro al ver que en un minuto volvería a deleitarse con esa voz que

tanto la atrapaba. Nada mejor que iniciar el día de nuevo con él. Esta vez sería lento, pausado, pero

lleno de lujuria, deseo y pasión. Como cada semana.

10.- JUEGOS DE DOMINACIÓN Y SEXO

Entro desnuda en mi cama. Necesito sentir en mi piel el contacto de tus

manos. Sigilosamente te

introduces bajo las sábanas y me tocas. Suspiro...

Acaricias mi cuello, haciendo descender tu mano muy despacio,
entreteniéndote en mi clavícula,

llegando al hombro y allí te paras. ¿Descenderás por mi brazo, lentamente?
¿O volverás de nuevo

hasta mi ansioso cuello?

Yo te mostraré el camino: me tumbo boca abajo. Adoro cuando tú me tocas y
yo me dejo

querer... Procedes a recorrer mi brazo, hasta llegar a la mano. Despacio,
vuelves a subir. Tus dedos

llegan a mi hombro y ahora bajan por mi espalda. Toman el camino más
sencillo, siguiendo mi

columna vertebral. Te entretienes en cada vértebra, alargando cruelmente las
caricias, haciéndome

desearte más y más... Me arqueo como una gatita, incluso ronroneo. Mis
jadeos te piden que

aumentes el roce, o el ritmo, o la presión. Te piden más. Más "lo que sea",
pero más. Y entonces, la

columna se termina...

Tus dedos se paran justo en ese punto en que comienza la separación de mis
nalgas. Te miro, me

sonríes, arqueando tus cejas. No te mueves. Nada, ni un milímetro. Engañas a
mi piel para aumentar

la incertidumbre: ¿Seguirás descendiendo, introduciéndote entre mis nalgas,

queriendo llegar a ese

lugar oculto, que tanto placer nos causa? ¿O preferirás amasarlas, acariciarlas, apretarlas, separarlas

y hacer que mis jadeos tornen en gemidos?

Acercas todo tu cuerpo, enredando tus piernas con las mías. Tu boca, en el hueco de mi cuello,

muy cerca de mi oído. Suavemente, comienzas a susurrar lo que me vas a hacer. Sabes que me

enciende mucho más cuando me adelantas lo que vendrá. Aunque más tarde te salgas del guion.

Consigues hacerme entrar en combustión.

—¿Me deseas bastante o aún no? ¿Necesitas oírme pronunciar esas palabras que prenden tu

deseo? Voy a penetrarte, amor.

Mi cuerpo vuelve a arquearse y suspiro profundamente. Continúas:

—Te poseeré. Tendré tu cuerpo y también tu mente. Te gozaré. Reclamo tu sexo porque es mío.

Me pertenece. Es mi lugar, mi morada.

—¡Claro! —respondo. Te encantan estos juegos de dominación. Y hoy voy a complacerte.

Al fin se mueven tus manos. ¡Pero se separan de mi piel! ¿Dónde van? ¿Por qué me desnudas así

de tu tacto? ¡Tengo frío y te deseo!

¡Un momento! Mi desesperación se para y cambia de sentido. No debo

dejarme atrapar por ella.

Yo domino. No te pido. Mis labios se han sellado. He aprendido a no decir nada que no desees oír.

Seguro que sabes lo que haces. Siempre lo haces.

Ahí está: me das la vuelta. Te miro y me sonríes. Buscas mi temor, pero ya no está; ha

desaparecido. Tus caricias ahora serán de mi cuerpo. Tus labios, imán para mis pechos. Tu lengua,

capricho de mi ombligo. Tus manos, disfrute de mi vientre. Y tus dedos... ¡Ay, tus dedos! Poderosa

atracción de mi entrepierna, húmeda, caliente, depilada y deseosa.

Ahora quiero devolverte todo y más. Te deseo, te necesito...

Me pongo a cuatro patitas, muy juntita a ti. Me muestras tu miembro erecto. Fíjate cómo me mira,

cuánto me desea. Me lo acercas a la boca. Muero por saborearlo. Deseo paladearlo. Lo chupo y

hasta lo beso. Introduces tus dedos en mi cabello, acariciando y rascando mi cuero cabelludo. Cual

gatita, ronroneo al ritmo de tus gemidos.

Mi lengua lame lenta tu bálano brillante. Mis dientes acarician esa piel tan suave. Siento un

placer tan inmenso... Y tú sigues prometiendo, explicando y proponiendo, entre gritos y jadeos, tus

deseos locos de poseerme, como antes ya fui tuya, como ahora eres mío.

—¿Eres mía? —me preguntas.

—Tú lo sabes —te respondo.

—Quiero oírtelo decir—me pides.

—¡Soy tuya, cielo! —te complazco.

—Eres mía. Sólo mía. Siempre mía. Y yo soy tuyo. Me posees, me tienes...

—Dime que deseas penetrarme, vamos, dímelo.

—Deseo penetrarte. Desde el primer día. Quiero hacer que me supliques, que me pidas más y

más. ¡Cabálgame, mi amazona! Haz que parezca que eres tú quien domina.

Y yo obedezco. Porque es evidente. A ti te gusta sentir que eres el dueño de mi cuerpo y de mi

alma. Gritamos en el momento de sentarme, de clavarte en mí. Y te siento en mis entrañas. Y notas las

paredes de mi interior, comprimiendo tu pene, queriendo hacerlo uno con mi sexo, procurando que

queden pegados, soldados a fuego.

Pero ansío moverme. No puedo quedarme quieta y comienzo mi cabalgada. Tu boca atrapa mi

pezón y chupa, lame, muerde. Tus manos en mis caderas, ayudándome con mi particular galope. Y me

levanto, provocando que salgas hasta casi la punta. Y me mantengo en tensión, dejándome caer de

golpe. Y volvemos a gemir a la vez. Poco a poco aumento el ritmo, pues no soporto la espera. Quiero

derramarme y lo quiero ya.

Después de tan loco baile, de sentirnos libres y dementes, nos corremos, el uno en el otro, nos

damos totalmente. Me dejo caer sobre ti. Tus caricias en mi cabeza y en mi espalda. Las mías en tu

pecho. Beso tus pezones. Juego con tus pelillos.

Unos minutos de reposo y ya listos para la siguiente batalla. Queremos más y lo queremos ahora.

Y no te haces esperar. Te has levantado y ahora vienes hacia mí desde mis pies; con esa mirada de

pillo, que me incita a temerte, te acercas como un felino. Gateas, sonríes y ruges suavemente. Yo me

río. Cosquillas. ¡Nooooo, no lo soporto!!!

Me sujetas de las manos y te acercas a mi ombligo. Directo a él, a lamerlo, a besarlo. Sabes que

no puedo aguantarlo, aunque quisiera, siento cosquillas o no sé qué... Me revuelvo, me río a

carcajadas, pataleo y me suelto de ti. Pero esta batalla la ganarás tú, o sea yo. Porque eres más

fuerte, porque tengo el control. De modo que me “fuerzas” a hacer exactamente lo que deseo. Éste es

nuestro juego y ambos sabemos lo que significa. Si me río, diciendo “nooo”, tú sabes que quiero

decir “Sí, por favor, sigue”. De modo que me colocas a cuatro patas, como una perrita, como una

gatita...

—¿Estás bastante mojada, como una perrita? —me susurras.

—No sé, cielo. Mira a ver... —te tiento a que me toques.

Me tocas. Estoy empapada. Ambos jadeamos.

—Te voy a meter de todo, menos miedo, niña.

—Sí, sí, sí —te digo poniéndote morritos como si fuera a besarte...

Y así lo haces. Te introduces en mí de un solo empujón. Grito. Me encanta y tú lo sabes. Te

quedas un par de segundos dentro, muy dentro. Entonces comienzas a moverte, sólo un poco, como en

círculos... ¡Ahhhhh, es increíble! Ahora sales de mí. Sales. Sales. Sigues saliendo. No quiero que

salgas del todo y te miro, con mi gesto de indefensión. Pero tú sonríes. Cuando estás totalmente fuera,

pero sin perder el contacto, comienzas de nuevo el viaje de ida. Lento. Desesperadamente lento.

Hasta que acaba. Hasta el final. Y vuelves a permanecer dentro, al fondo.

Y lo repites varias veces. Adoras mis respuestas, mis gemidos o jadeos, mis pedidos de “más”,

mis órdenes de “sigue”. Luego impones un nuevo ritmo. Tu cadera marca el tempo y tus manos se

anclan en mis nalgas. Las agarran, clavan sus dedos, las separan, tocan lugares prohibidos, las unen,

las azotan suavemente... Y yo sigo respondiendo. Tú lo quieres, lo deseas.

Después del magnífico concierto de gemidos y jadeos, de las palabras soeces y grititos, del

perfecto baile de cuerpos que se encuentran, que se chocan, que batallan... Finalmente ralentizas el

acto. Ese último compás, por ambos conocido y esperado, no es menos anhelado y deseado. Tu verga

dentro de mi coño y tus manos apretando mis pechos. Te miro, cual vídeo porno. Te corres, a la vez

que un maravilloso estallido se produce en mi interior. Toma doble camino: un relámpago sube por

mi columna, explotando dulcemente en cada vértebra. El otro, baja y sale, haciendo palpar mi

clítoris y absorbiendo toda la energía de mi cuerpo.

Me caigo en la cama. Y tú sobre mí. Te acomodas a mi lado. Nos tumbamos “en cucharita”. Me

relajo, me acaricias, sonrío, me duermo... Nos tapas. Siempre tan pendiente... Tratándome como a tu

princesa... Dándome siempre lo que sabes que necesito: el placer perfecto para satisfacerme, el

amor inmenso para protegerme. Puta y dama, amante y amada, perrita y mujer. Yo, tu mujer. Y tú, mi

hombre.

11.- JUEGOS DE SUMISIÓN Y SEXO

Mayra aparcó el coche, no muy cerca de la puerta principal. Aunque no había demasiados

vehículos en el aparcamiento, no quería parecer más que nadie. Y colocarlo cerca de la entrada, le

daba la sensación de que llevaba esa connotación.

Faltaban pocos minutos para la cena de Nochebuena, pero Javier le había dicho que no debía

llegar muy tarde. A pesar de que la mansión era enorme, tendrían que acomodar a todos los invitados.

También era cierto que había confirmado su asistencia, con lo que se suponía que ya le habían

asignado uno de los cuartos. Por el mismo anfitrión, sabía que ocuparía la número 46, en la planta

más alta del edificio.

Cuando hacía unos días recibió la invitación de Javier, dudó demasiado si era adecuado aceptar

tal sugerencia. Al quitar la llave del contacto recordó el montón de “peros” que había objetado.

¿Cómo iba a pasar la Nochebuena rodeada de extraños? Son fiestas que siempre se pasan en familia.

Al menos en su caso, así había sido hasta el año anterior, en el que estuvo sola en una noche tan

especial.

Put a noche en la que sólo había habido lágrimas y champán francés.

Mayra se había quedado completamente sola, después del fallecimiento de sus padres en un

accidente de tráfico. Su hermano Dani vivía en Alemania con su preciosa

familia y no era factible

viajar a España. Quedaron en que ella viajaría para fin de año, pero al final no tuvo suficiente dinero

y ninguna gana.

En esta ocasión y, aunque durante todo el año había contemplado la idea de ir a casa de su

hermano a celebrar la Navidad, lo cierto fue que la propuesta de Dani no llegó. De modo que

técnicamente, si viajaba al país teutón, sería una auto-invitación. En la mente de Mayra no cabía esta

posibilidad, de ninguna de las maneras. Así pues, cuando Javi le había propuesto pasar la

Nochebuena con él, todos sus proyectos e ideas preconcebidas, cambiaron radicalmente.

El chico le gustaba mucho. ¡Qué coño, la volvía loca! Desde hacía tres meses, cada cita con él

era una oportunidad de tocar el cielo. Le gustaba tanto que estaba contemplando la posibilidad de

que esto no fuera sólo sexo.

La primera vez lo vivió como un auténtico homenaje a su cuerpo. Y el tipo era la puñetera

encarnación de Satán. Hablando con su amiga Gema, lo había calificado como “el puto dios del

sexo”.

—Mayra, las divinidades del sexo no son dioses, sino auténticos diablos,

bonita —le explicó su

amiga, entre carcajadas, elevando la mirada al cielo.

—Entonces deberías mirar al suelo, capulla. Está más que demostrado que el infierno está bajo

tierra. Y en el cielo está el paraíso —aclaró Mayra, muerta de la risa.

Ella, Gema, su única amiga, la que había estado con ella en momentos tan duros, pero también la

mujer con quien salía, bebía, lloraba y reía, le había animado a aceptar la propuesta de Javi.

—No sé, tía —le había preguntado, temerosa—. La verdad es que... yo creo que... hum...

además de la cena...

—Además de la cena, ¿qué? —interrumpió Gema.

—Pues que habrá algo parecido a una orgía, esa noche. —Mayra parecía muy segura. O más bien

insegura.

—Vamos a ver, niña. ¿No me habías dicho que confías en él? ¿No dijiste que harías lo que te

propusiera, porque sabes que lo único que busca es tu bienestar y tu satisfacción personal? —Su

amiga le cogió las dos manos, con idea de transmitirle seguridad.

—Sí, te lo dije. Pero es que... —A Mayra se le terminaban las excusas.

—¡ES QUE POLLAS! —le cortó su amiga—. Hace varios meses que estás viva. Llena de alegría

y ganas de disfrutar. Ni siquiera vale la excusa de tu hermano, pues ha estado tan ocupado que no se

ha acordado de invitarte a su casa.

—No seas injusta, Gema. Mi hermano tiene su vida y...

—¡Y hostias! —sentenció.

—Mira que hablas mal, *joía* —se rio al fin Mayra.

—Y tú. ¡No me jodas! Si tú hablas mal hasta cuando estás pensando. Jajajajaja...

Lo cierto es que Gema la conocía muy bien. Y no entendía a qué venían ahora estas dudas, cuando

ella lo tenía claro. Ya le había dado el sí a Javi.

El caso es que no recordaba bien el momento en que lo hizo, pero así lo había llamado él: “dar el

sí”. A ella le parecía como un matrimonio, pero aquel maravilloso hombre le había recordado el

significado de esta expresión:

—No te engañes, preciosa. Yo no te pediré matrimonio jamás. Me empeñé en ganar tu confianza

poco a poco, desde el primer momento en que te llevé a mi casa. Y conseguiré que seas mía, por

propia voluntad. Eso es mucho más que ser mi esposa: es ser mi hembra.

Y aunque sólo hacía unos pocos meses que lo conocía, ella se había colgado de él.

Mayra volvió a la realidad, dejando atrás los nervios y las dudas. Se colocó

frente a la puerta y

adelantó la mano para tocar el timbre. Pero entonces la puerta se abrió.

Un Javier guapísimo, vestido con un traje azul marino y una corbata celeste, había abierto la

puerta y, con la actitud dominante que le caracterizaba, la atrajo hacia él y frenó justo a un centímetro

de su boca.

—Shhhhh... No hables, no digas nada. Sólo bésame.

Pero fue él quien atrapó sus labios en un dulce y firme beso, transportándola al instante a lugares

donde sólo él sabía llevarla.

Siempre ocurría igual: Javi llegaba, le hablaba y la tocaba, e inmediatamente se apoderaba de su

voluntad.

Desde las primeras veces pensó que era maravilloso, pues aquella era una sensación que Mayra

nunca había conocido. Poco a poco, el trato de Javi la había dejado totalmente enganchada.

—Cuidado, Mayra —le había advertido Gema—. Dicen que la sumisión crea adicción.

—Pero yo no soy sumisa. Ni tampoco adicta. —Mayra se justificaba por una postura de la cual

no estaba totalmente segura.

—Si no eres su sumisa, ¿por qué permites que te llame “mi hembra”? ¿Por

qué le das el papel de

“tu hombre”, “tu macho”? —había insistido su amiga.

—No es una cuestión de sumisión y no lo considero “mi macho”. Es algo diferente. Tú no sientes

lo que yo siento, de modo que no puedes comprenderlo.

Y volvió de nuevo a hacerlo: encerrarse en sí misma. Cuando no conseguía llegar a los demás, si

sentía que no era comprendida, se envolvía en aquella capa de protección, para no sentirse dañada.

—Vale. No lo entiendo. Pues explícamelo. —Mayra mantuvo su boca cerrada —. Soy yo: Gema,

tu amiga. Conmigo no necesitas encerrarte, porque nunca te dañaré. —No conseguía llegar a ella—.

Quiero comprenderlo, Mayra. Te escucho.

Mayra se tapó la cara con las dos manos. No lloraba: sólo necesitaba pensar. Ordenar ideas.

Gema solía comprenderla; y si no lo hacía, al menos no la juzgaba. Gema era su amiga, su niña, su

par. A ella podía decírselo.

—Javi me llama “mi hembra” porque es mucho más que mujer. Es más que chica, zorra, señora,

dama o puta. —Necesitaba parar y coger aire.

Gema seguía mirándola fijamente. Nada que hiciera pensar que tenía pensamientos negativos

hacia lo que estaba escuchando.

—Sigue. Te estoy escuchando. —La animó.

—Hembra huele a mí: huele más que una princesa, una reina o una señora. Es más real que

cualquier otro tipo de mujer, porque hembra es animal.

De nuevo, parada para respirar. Sonrió a su amiga y concluyó:

—Javi me llama hembra. Y me gusta.

Gema también sonrió.

—También me gusta. ¿Sabes? Se te ve feliz.

La había comprendido. O aceptado.

Y ahora, al llegar a la mansión de Javi, Mayra volvía a ser su hembra. Sólo con este beso, con

esta bienvenida, podría haberse perdido entre sus manos y su cuerpo. Se sentía tan confiada como si

sólo él pudiera acogerla con aquella sensación de hogar. No importaba dónde se encontrara, eso era

lo de menos; estando con él, se hallaba en casa.

—Vamos, nena; eres la última en llegar —dijo él, sonriendo. Dejó la punta de la lengua entre los

dientes, como a ella le gustaba. Siempre mantenía aquel gesto que la había hecho volverse loca de

pasión en más de una ocasión.

—Tu boca me vuelve loca, Javi. Lo sabes —le susurró al oído.

—Claro que lo sé. Mi boca, mi lengua, mi sonrisa... Que te mande callar, que te llame “mi

hembra”, que te domine... —Acercó la boca a su cuello y lamió justo debajo de su oreja. Luego

sopló. A Mayra, aquellos gestos tan íntimos e inesperados la llevaban al séptimo cielo. O, como le

había dicho a Gema, al infierno—. Lo dicho: entremos.

Una vez en el vestíbulo, Javi le quitó el abrigo muy despacio. Hizo resbalar las mangas por los

brazos de la chica y tardó más de la cuenta en apartar la prenda. Cuando finalmente dejó a la vista el

precioso vestido rojo que Mayra había elegido, la cara de él lo decía todo: le agradaba.

Se retiró sonriendo, colocó el abrigo en una percha y ésta, en el armario del vestíbulo. Muy

despacio, se acercó de nuevo a su chica, para tocar sus brazos, a través de la abertura en forma de

enorme ojal que tenía cada manga del precioso vestido de seda. Luego, dirigió su mano hasta el

escote, bordeándolo con su dedo índice, contorneando el cuello en uve, y acariciando la puntilla del

sujetador de encaje que se había puesto para la ocasión. Cruce de sonrisas y se separó de nuevo.

A Mayra le gustaba ese juego de atadura elástica, por el cual Javi se acercaba a ella y sólo

tocaba una parte de su cuerpo con un dedo, o acariciaba y retiraba la mano. A

veces lamía o besaba,

pero suave y rápidamente. Ella notaba cómo el calor más ardiente de sus entrañas se extendía en dos

ramificaciones perfectas. Por un lado, ascendía a lo largo de su columna vertebral, estallando en el

interior de sus pezones. Por otro, descendía hasta el mismo centro de su sexo, haciéndole casi

siempre mojar sus braguitas. Era una sensación inmensa e intensa que le llenaba por completo.

—¿Estás lista? —preguntó Javi, cogiéndola por la cintura.

—Si me llevas tú, estoy lista. —Toda la seguridad y determinación la envolvieron en aquel

momento.

—Me gusta, mi hembra. Te juro que no te arrepentirás.

Besó mi frente y entramos en el gran salón.

12.- MICROCUENTO ERÓTICO 1.

Él alargó su mano para recoger la última aceituna del plato, en el momento exacto en el que yo lo

hice. De modo que cogió... mi dedo índice. Lejos de apartarme, disfruté de su agarre y cerré los

ojos.

—Perdón —se disculpó—. Nada más lejos de mi intención que atrapar tu dedo.

Al abrir de nuevo los ojos, me perdí en los suyos, que me sonreían sin pudor.

Y entonces,

renuncié a la aceituna, llevándola directamente a su boca. Sus labios atraparon el fruto y también mis

dedos. Entonces supe lo que aquella lengua haría en el mismísimo centro de mi sexo, ya tan húmedo y

entregado a él.

—Toda tuya —le dije.

—Lo sé —respondió.

13.- MICROCUENTO ERÓTICO 2.

Entreabrí mis ojos y noté tu ausencia.

El frío inundó mi mente, mis sueños comiéndote a besos y tu suave tacto se desvaneció con la

mañana.

Recuerdo haber acariciado tus sensuales senos y recorrido tu sexo. Ése que hace que mi

temperatura se eleve hasta el punto de ebullición. Donde mis dedos se fundían con tu clítoris en el

combate más salvaje recordado.

Y te nombré.

GRACIAS.

Muchas gracias a vosotros, lectores. A menudo os dejo para el final y no es justo. Este libro es el

ejemplo de que escribo por y para vosotros. Gracias por leerme, por hacerme

seguir escribiendo.

Mil gracias a los amigos de las redes sociales. Compañeros escritores, blogueros y lectores,

incondicionales y fieles, que siempre hacéis que vuelva a teclear. Algunos, más que compañeros,

verdaderos amigos: Álex García, Jordi Villalobos, Toni Grimal, Yolanda Revuelta, Javi Haro.

A mis hijos: Marta, por su portada y por estar tan cerca de mí; y Javi, por su apoyo incondicional

y siempre.

A mis lectores cero, que me han encontrado todo lo que se me escapó: Esther, Natxo, Javi y

Gema. Sois lo más.

Gracias especiales a mis ESTUPENDAS: Anadeli, Juncal y Vicky. Sin vosotras, sería imposible

seguir.

Y muchísimas gracias a las PURPURINAS: autoras y lectoras que me hacen reír, leer y escribir.

Os quiero: cada día es genial con vosotras.

BIOGRAFÍA DE MARY ANN GEEBY.

Nací el 8 de mayo de 1965 y, como casi todo el mundo, comencé a escribir y leer en el cole. De

niña leía a los clásicos, que me compraba mi padre. Mis textos escritos carecían de calidad, pero

nunca nadie me enseñó a hacerlo bien. Mi hermana sí era buena escritora, así que le dejé a ella ese

papel y yo lo abandoné por completo.

En el instituto fui obligada a leer una serie de libros que no me atrapaban, pero

desafortunadamente no había profes que nos inculcaran el amor por la lectura o la historia. Por ello,

acabé mi carrera estudiando lo justo para aprobar.

Afortunadamente acabé de estudiar y comencé a leer. Y a aprender.

Retomé la lectura, sobre todo de literatura infantil y juvenil. Después decidí “dar el salto” a la

literatura de adultos. Actualmente disfruto leyendo casi cualquier género o tipo de lectura.

Comencé a escribir en el verano de 2013, cuando mi vida había dado demasiados tumbos y me

faltaban ilusiones. Explicaba a mi hermana que yo “no diría así” las cosas que leía en las novelas,

cuando ella me propuso:

—Pues escribe, Mery. Dinos cómo lo dirías tú.

Aquel verano escribí “Ya no somos tan jóvenes”, pero la registré y la guardé. Durante 2014 me

entró el veneno de publicarla, aunque sólo fuera para mí. Hice una 1ª edición en papel y la distribuí

por completo. Más tarde, con la ayuda de Álex García y Yoli García, la publiqué en amazon.

Durante

2014

y

2015

escribí

y

publiqué

varios

relatos

en

mi

blog,

<http://sientoyvivoluegoescribo.blogspot.com.es/> y en diciembre de 2015 lo publiqué en amazon, con

el título “Relatos íntimos de Mary Ann Geeby”.

Casi dos años me llevó escribir “¿Quién diablos es Jorge?”, novela protagonizada por un

personaje secundario de la primera, que merecía tener su propia historia. La presenté en Barcelona,

por St Jordi en 2017.

Me encuentro preparando la novela “Una Gema sin pulir”, que espero acabar y publicar en 2018.

A principios de este mismo año he recopilado un relato largo, de 10 capítulos, y trece breves, en el

libro “Una fantasía y trece deseos”.

En mi blog publico habitualmente reseñas de los libros que leo y entrevistas a sus autores.

También publico relatos o textos que escribo, frases y noticias, fotos o algún vídeo.

Estoy diariamente en las redes sociales, principalmente en Facebook, Instagram y Twitter.

OTROS LIBROS DE MARY ANN GEEBY.

Ya no somos tan jóvenes.

Relatos íntimos de Mary Ann Geeby.

¿Quién diablos es Jorge?

También ha participado en:

El peligro de amar, de VV AA (Capítulo 10, “Más que amigos”, de Mary Ann Geeby).

Íntimo y sensual, con Javier Haro (descatalogado).

Índice:

-PRÓLOGO.

-UNA FANTASÍA Y TRECE DESEOS:

Fantasía: No me vuelvo a enamorar.

1. Hay una cosa que te quiero decir.

- 2. Me voy.**
- 3. It's raining men.**
- 4. Todos los hombres son iguales.**
- 5. I just called to say I love you.**
- 6. Lo estás haciendo muy bien.**
- 7. Viajar contigo.**
- 8. Coming home.**
- 9. Mi nuevo vicio.**
- 10. Pasos de cero.**
- 11. Epílogo: I will survive**

Trece deseos:

- 1. Tu lengua.**
- 2. Masturbación.**
- 3. Helado de chocolate.**
- 4. Loco deseo.**
- 5. Amante prohibida.**
- 6. Lavar los platos.**
- 7. Esas manos.**
- 8. Provocación creativa.**
- 9. Erotionda.**

10. Juegos de dominación y sexo.

11. Juegos de sumisión y sexo.

12. Microcuento erótico 1.

13. Microcuento erótico 2.

-GRACIAS.

-BIOGRAFÍA DE MARY ANN GEEBY.

-OTROS LIBROS DE MARY ANN GEEBY.

Document Outline

- [UNA FANTASÍA Y TRECE DESEOS Mary Ann Geeby](#)
- [PRÓLOGO:](#)
- [NO ME VUELVO A ENAMORAR Mary Ann Geeby](#)
- [1.- HAY UNA COSA QUE TE QUIERO DECIR](#)
- [2.- ME VOY](#)
- [3. IT'S RAINING MEN](#)
- [4.- TODOS LOS HOMBRES SON IGUALES](#)
- [5.- I JUST CALLED TO SAY I LOVE YOU](#)
- [6.- LO ESTÁS HACIENDO MUY BIEN](#)
- [7.- VIAJAR CONTIGO](#)
- [8. - COMING HOME](#)
- [9. – MI NUEVO VICIO](#)
- [10. – PASOS DE CERO](#)
- [EPÍLOGO: I WILL SURVIVE](#)
- [TRECE DESEOS](#)
- [1.- TU LENGUA](#)
- [2.- MASTURBACIÓN](#)
- [3.- HELADO DE CHOCOLATE](#)
- [4.- LOCO DESEO](#)
- [5.- AMANTE PROHIBIDA](#)
- [6.- LAVAR LOS PLATOS](#)
- [7.- ESAS MANOS](#)
- [8.- PROVOCACIÓN CREATIVA](#)
- [9.- EROTIONDA](#)
- [10.- JUEGOS DE DOMINACIÓN Y SEXO](#)
- [11.- JUEGOS DE SUMISIÓN Y SEXO](#)
- [12.- MICROCUENTO ERÓTICO 1.](#)
- [13.- MICROCUENTO ERÓTICO 2.](#)
- [GRACIAS.](#)
- [BIOGRAFÍA DE MARY ANN GEEBY.](#)
- [OTROS LIBROS DE MARY ANN GEEBY.](#)
- [Índice:](#)